

LIBROdot.com

Kuemetek

Noviembre 2000

El relato

El presente relato es una historia de aventuras ubicada en un entorno paradisíaco. Los personajes de esta trama se ven abocados a las situaciones en las que el destino, caprichosamente, juega con ellos, su futuro y sus vidas.

Sipnosis

Una disputa por su amada, arrastrará a Okime hasta un lugar de destierro. Allí conocerá la desdicha, el miedo y la muerte. Sólo las súplicas y la intervención de sus dioses pueden cambiar su destino.

Relatos de Autor

Hora de dormir - *Intriga*
El don - *Misterio*
Kuemetek - *Aventuras*

© Rafael López Rivera
Noviembre
2000

1. El Consejo

En el Pacífico Sur, diseminados a lo largo del cinturón de islas ubicadas dentro del conjunto de las Dótupe, viven los tacana-noé formando comunidades pequeñas y compactas.

Los tacana-noé son un pueblo pacífico cuya actividad principal es, básicamente, la pesca. El desempeño de esta actividad, posiblemente, dio pie al origen de su nombre ya que, en el idioma de las islas, *tacana* significa oscuro y *noe* hombre, los "hombres oscuros", haciendo clara referencia al tono de piel bronceada y curtida por el mar que poseen.

Éste es un pueblo monoteísta, que basa sus creencias en las diferentes manifestaciones de su dios el cual, representa a las fuerzas de la Naturaleza. Este grupo étnico forma una sociedad patriarcal jerarquizada en la que la mujer, tras el matrimonio, se incorpora a la familia del marido perdiendo todos los vínculos de unión con su familia natural y adoptando a la nueva como propia.

Conceptualmente son monógamos, aunque en la práctica son permisibles. No aceptan el incesto ni cualquier otra relación con líneas de consanguinidad de hasta un segundo grado. De esta forma, garantizan la mezcla entre los grupos de las diferentes islas. Asimismo, como consecuencia de los parentescos que se generan con los matrimonios, se producen fuertes lazos de unión entre las familias. El Consejo de los Venerables es el máximo órgano de decisión de los tacana-noé. Está formado por cinco Ancianos. No son los más viejos, pero sí lo más sabios, poseedores éstos de la conciencia histórica y las tradiciones de la tribu. Ellos son los únicos que tienen voto de decisión.

Este tribunal es asesorado en sus deliberaciones por los Respetables. Estos últimos son cinco hombres de reconocido prestigio dentro de la comunidad: tres pre-Ancianos, que algún día llegarán a ocupar un lugar como Anciano, un guerrero y un hombre santo o gurú. Ellos tienen la responsabilidad de llevar y exponer los asuntos para su consideración.

Esta noche ha sido convocado el Consejo para decidir sobre una disputa de honor. Hacía meses que no se reunía. La expectación se palpaba en el aire.

Para este acontecimiento sacrificaron ocho cerdos y dos docenas de aves. El festín dará de comer a todos los miembros de la tribu que se han congregado. No siempre existía la posibilidad de comer carne y menos gratis, dado que los animales debían ser proporcionados por los contendientes que presentaban su conflicto. Esta era la forma en la cual, por decirlo de algún modo, se sufragaba los honorarios y los costes del tribunal.

Esa noche, tras la presentación del caso y las alegaciones, mientras los miembros del Consejo deliberan, tendrá lugar una gran fiesta. Las mujeres llevan toda la tarde preparándolo todo.

Acontecimientos como éste permitía a las mujeres adornarse con sus mejores atuendos y a los patriarcas establecer alianzas entre familias, utilizando para ello los acuerdos prematrimoniales, siendo los futuros cónyuges todavía niños.

Los hombres se regocijaban pensando en la celebración, en los excesos del alcohol producidos por la pulpa de coco fermentada la “clasia”, en las largas horas de baile y charla frente a la fogata.

La convocatoria, el festín, junto con la posibilidad del encuentro con los familiares venidos de todas las aldeas para el acontecimiento, provocaban que reinase un ambiente de festividad y jolgorio.

Suena el gong, golpeado a un ritmo frenético, es la llamada al Consejo. Los miembros caminan con paso solemne hacia la tonga, nombre que recibe la gran casa ceremonial de los espíritus.

Los niños revolotean alegremente, llenos de curiosidad, alrededor de los miembros del Consejo. Éstos inmutables, continuaban su trayecto. Únicamente perdían su compostura para hacer una leve inclinación de cabeza y devolver el saludo a los presentes. Era un momento importante.

Los congregados para presenciar el acto, habían creado un estrecho pasillo humano por el que desfilaban, uno a uno, los Ancianos bajo el murmullo y los comentarios de los allí presentes. Tras ellos, seguían los Respetables y por último los contendientes del litigio.

El caso que se discutía era de dominio público. Los hombres en la tertulia de la mañana habían comentado el tema. Las posturas estaban claramente diferenciadas. La balanza no se inclinaba en favor de ninguna de las partes. Ambas tenían argumentos y razonamientos de peso. Nadie, en esos momentos, podía vaticinar con plena seguridad cual sería el veredicto final.

La casa ceremonial era una construcción techada, soportada por varios troncos de palmera a modo de pilares, en los cuales, se encontraban labradas las facciones del dios, en sus diferentes formas y los espíritus benefactores de la tribu. De la techumbre colgaban máscaras para las ceremonias y fetiches protectores.

La tonga no poseía paredes laterales, ello era necesario para que los espíritus de los antepasados pudiesen entrar y encontrar morada cada vez que necesitasen reposar. La inexistencia de paredes permitía a los hombres sentarse alrededor de la casa ceremonial y presenciar el debate. Esto estaba terminantemente prohibido para las mujeres, los niños y los muchachos adolescentes que todavía no habían superado el ritual de la transición a la madurez.

Mientras los Ancianos y los Respetables se acomodaban en el interior de la tonga, se hizo el silencio entorno a la misma.

Tres sonoras palmadas dadas por uno de los Ancianos fue el indicador del comienzo de la sesión. A continuación uno de los Respetables tomó la palabra:

-Bienvenidos seáis Ancianos. Los Respetables os hemos convocado para someter a vuestra consideración una cuestión de honor.

-¿Quiénes son los que se presentan ante el Consejo? -inquirió uno de los Ancianos.

-Yo, Taitú, miembro de los Respetables, en nombre de Okime, represento a la parte convocante.

-Yo, Polse, miembro de los Respetables, en nombre de Palato, represento a la parte convocada.

-Halladas y presentadas la parte convocante y la convocada, que de comienzo la exposición de las reivindicaciones del convocante.

-El joven Okime, ha manifestado su intención de esposarse con Saila en repetidas ocasiones a lo largo de la última estación. Ha viajado hasta la isla de la aldea de Palato y presentado su petición tres veces, todas ellas respetando la tradición. Habiendo elevado la dote hasta alcanzar el valor de ocho cerdos, dos cabras y cuatro redes de pescar, sólo ha recibido negativas a su compromiso. Siendo esta dote más que satisfactoria, según la costumbre, no habiéndose roto ninguna norma y no existiendo ningún compromiso de matrimonio por parte de Saila, Okime no acepta la negativa de Palato. Este rechazo sistemático le ofende por ello, presenta este hecho ante el Consejo para reclamar sus derechos y someterse a vuestra justicia.

-Escuchada la parte convocante; que hable la parte convocada.

-Palato acepta la dote presentada por Okime y está de acuerdo con el matrimonio. No obstante, la tradición le prohíbe aceptar este compromiso porque Okime no es digno de recibirlo.

-¿Por qué no es digno? -preguntó uno de los Ancianos.

-¡Porque no cumple con la tradición!.

-¿Cuál es la tradición que se interpone?.

-La de honrar y respetar a los muertos.

-¡Explicáte por favor!.

-Saila es la viuda de Crose, un gran guerrero y hermano de Palato. Crose murió en los combates contra los zaplos. Okime, no es digno de este matrimonio porque no es un guerrero, ni ha demostrado su valor como hombre. Aceptar este matrimonio es manchar el honor de la familia de Palato y sus antepasados.

Los Ancianos miraron al Respetable Taitú en espera de la réplica a lo expuesto.

-Okime, reivindica su derecho al matrimonio. No se puede castigar a un hombre por lo que no ha podido hacer. Cuando los combates contra los zaplos tuvieron lugar, él era un adolescente y no había participado todavía en la ceremonia de madurez. No había sido instruido sobre el combate y la lucha. Éste es el motivo, por el cual, él no pudo ser un guerrero entonces. Dudar de su valor, sin tener la oportunidad de demostrarlo, es manchar su honor.

-El honor se gana con los hechos de una vida -intervino el Respetable guerrero-. El valor se demuestra en el fragor de la batalla con el desprecio por la muerte frente al enemigo. No se debe permitir manchar el honor de un guerrero ganado con valor y que murió luchando por su pueblo

-¡Yo no soy un cobarde! -exclamó Okime en un momento de exaltación.

Todos se giraron a contemplarlo. Sólo los Respetables tenían permitido hablar en presencia del Consejo, sin embargo, él incumplió esta regla y habló. Aquello suponía una grave ofensa. El Respetable guerrero se dirigió furioso hacia él, su mano agarró a Okime por el pelo a la altura de la nuca y sin soltarlo, de un tirón, hizo que se levantara.

-¡Este gusano ha faltado el respeto al Consejo!. ¡No es digno de estar en su presencia!.

Dichas estas palabras, lo empujó al centro. Un guerrero lo escoltó fuera de la tonga.

-¡Qué desdicha la mía! –se lamentaba Okime-. Lo expulsaron del Consejo. Posiblemente acababa de arruinar su única oportunidad de obtener justicia. Triste y humillado ante todos, sólo restaba esperar un veredicto prácticamente previsible. Los Ancianos no permitirían manchar el honor de un guerrero a favor de un joven irrespetuoso e insolente.

Mientras Okime lamentaba sus desdichas fuera de la tonga, dentro continuaba el debate. El Respetable Taitú meditaba la mejor forma de excusar la ofensa ocasionada por su representado y evitar que este altercado, influyera negativamente en el veredicto del Consejo.

-Venerables Ancianos, como habéis podido apreciar, mi representado está dominado por el ímpetu y la osadía que sólo la juventud puede proporcionar al hombre. Ruego lo disculpéis. Pero también, quiero llamar vuestra atención sobre lo sucedido. Pensad por un momento... Si en estas circunstancias, el joven Okime es capaz de defender, con este empeño, una situación que él cree que es injusta, cuanto no menos iba a defender con ahínco y valor a su pueblo en una batalla. Un Anciano levantó la mano interrumpiendo la exposición del Respetable.

-No es necesario que sigas, ya te hemos entendido. Expuestos los argumentos de cada una de las partes, el Consejo los tomará en consideración. Mañana por la tarde os comunicaremos cual es nuestra decisión.

Los Ancianos se pusieron de pie dando por finalizado el acto. Seguidamente, un fuerte murmullo creció en torno a la tonga. Era el momento para que el público asistente hiciera sus comentarios a lo expuesto.

La opinión más generalizada era que Okime no iba a obtener un veredicto favorable. No por los argumentos presentados sino, más bien, por su actitud frente al Consejo. Su intervención fue nefasta y una ofensa. ¡Debía ser castigada!

Los hombres abandonaron rápidamente los alrededores de la tonga. Hacía rato que los olores a carne recién asada inundaban el ambiente. Era la hora del festín y de la fiesta.

El Consejo tenía reservado un espacio privilegiado, un poco alejado del resto, para poder deliberar dentro de la intimidad. Mientras comían, comenzaron la discusión del caso.

-El veredicto está muy claro. No podemos negar a Palato su derecho a vetar el matrimonio, si no lo hiciésemos así, sería una grave ofensa para los guerreros. No podemos dar a entender que, tras dar la vida en la batalla, a los guerreros no se les venera como se merecen -planteó uno de los Ancianos.

-Yo estoy de acuerdo contigo -dijo otro de los miembros-. Pero tampoco podemos castigar a alguien por algo que ni siquiera se le supone, la cobardía. En el fondo, creo que Palato no está defendiendo el honor de su hermano Crose, sino que puede ser, que Palato quiera tomar a Saila como concubina. También cabe la posibilidad que sea una exigencia de su propia esposa que, con Saila en su familia, no tiene que hacer ninguna de las labores pesadas del hogar. Asimismo, estoy seguro que Saila desea el matrimonio, ya que si éste no hubiera sido el caso, el Respetable Polse lo habría expuesto como parte de su argumentación.

-Parece que tenemos opiniones encontradas. Bien, sometámoslo a votación. ¿Cuántos a favor de Okime?.

Dos Ancianos levantaron la mano.

-¿Cuántos a favor de Palato?.

Otros dos Ancianos levantaron la mano.

El Anciano que no había votado a favor de ninguna de las posturas, quedó pensativo y, tras unos instantes de muda reflexión, expuso:

-Yo no voy a ser quién termine tomando la decisión final a favor de uno o de otro. Prefiero dejar que sea el destino el que decida por nosotros, así que os propongo lo siguiente: ...

Al otro lado de la aldea, apartado de los Ancianos, estaba Okime, rodeado y apoyado por sus amigos. Trataba de dar peso a su argumentación mientras sus amigos comían y bebían. A la vez, él mismo intentaba autoconvencerse que no lo estropeó todo durante la sesión del Consejo.

La clasla le ayudó a ahogar sus penas y a ver las cosas de una forma diferente. Cuando su estado de embriaguez era más que evidente y los lamentos de sus desdichas, convirtieron la conversación en un monotema que amenazaba con estropear la noche a sus amigos, éstos le obsequiaron con un enorme cuenco de clasla y lo dejaron apartado en una choza donde no molestase.

Por esta noche, nadie se iba a preocupar más por él. Al día siguiente, una fuerte resaca se encargaría de traerle a la realidad y de recordarle, de nuevo, lo estúpido de su comportamiento frente al Consejo.

Los tambores comenzaron a sonar aunque los oídos de Okime ya no los escuchaba. El cansancio, el sueño y el alcohol se adueñaron de su mente.

Los comensales, poco a poco, iban convirtiéndose en danzantes. Estos empezaron a moverse rítmicamente entorno a la hoguera. Primero en un sentido y después, girando bruscamente, iniciaban el baile en el otro sentido, todo ello, acompañado por cánticos ancestrales cuyos orígenes se perdían en el tiempo.

A la mañana siguiente

El poblado despertaba perezosamente. Sólo las mujeres, los niños, los cerdos y las gallinas, deambulaban antes del medio día. Los hombres intentaban recuperarse de los excesos cometidos durante la noche anterior.

Entre ellos Okime, que al despertar, tenía un sabor pastoso y horrible en la boca. Sentía su cabeza como si la tuviese repleta de pequeñas astillas que, desde el interior, se clavaran en su cráneo tratando de salir de él.

Hizo un esfuerzo por incorporarse pero, inmediatamente, tuvo que tumbarse de nuevo, todavía no estaba en condiciones de andar, todo le daba vueltas y las cosas no paraban de moverse. Trató de hablar para escuchar su propia voz, apenas si pudo medio balbucear alguna palabra. Su lengua permanecía dormida y torpe, todavía no se había percatado que su dueño estaba despierto. Ante este panorama, Okime optó por cerrar los ojos y dar tiempo a que su cuerpo se recuperase. No estaba en condiciones de hacer nada.

Transcurridas unas horas y después de haber comido, se encontraba de mejor ánimo, aunque su cuerpo todavía mostraba síntomas de cansancio y apatía.

La espera estaba siendo larga. El desconocimiento de cómo iban las deliberaciones, la duda sobre el posible veredicto, su propia impaciencia, estaban haciendo mella en él. Por momentos, su humor iba empeorando pasando de la inquietud al enfado.

El gong sonó. Se reanudaba el Consejo. Los protagonistas de este evento se dirigían a la tonga lenta y solemnemente. Okime fue de los primeros en llegar, deseaba que todo hubiese terminado.

Los Ancianos tomaron asiento, tras ellos, entraron los Respetables que permanecían de pie y por último, los convocantes. Tres sonoras palmadas dadas por un Anciano indicaron la apertura de la sesión.

-Okime y Palato -comenzó a hablar uno de los Ancianos-, este Consejo ha escuchado vuestro caso y valorado los argumentos expuestos. El honor y el matrimonio son derechos irrenunciables para un hombre. En la situación que nos habéis planteado, dictaminar en favor de uno de estos derechos es negar la existencia del otro. Es por ello que este Consejo no puede dar un veredicto.

-Kuemetek, en su inmensa sabiduría -continuó otro de los Ancianos-, es el único que puede decidir que derecho prevalece sobre el otro. Este Consejo dictamina que en la próxima noche con luna completa, Saila, la futura esposa, sea sometida al ritual del Niomo-Trima, éste no finalizará hasta la siguiente luna completa. Al mismo tiempo, Saila y Okime serán trasladados juntos a la isla de los zaplos, sin agua ni comida y permanecerán allí sin nuestra ayuda. El Niomo-Trima no debe ser roto durante todo ese periodo. Una vez transcurrido éste, serán traídos de nuevo ante este Consejo. Entonces Kuemetek nos habrá indicado sus designios y este Consejo se reunirá para dar un veredicto final.

Dicho esto, el Anciano dio tres palmadas y finalizó el acto. No hubo oportunidad de preguntar, ni hacer aclaraciones, ni pronunciar quejas. Las decisiones del Consejo eran inapelables. No satisfacer las resoluciones dictadas por el mismo, significaba la muerte inmediata de aquel que las incumpliera.

Un gran murmullo se levantó alrededor de la tonga. Los amigos de Okime intentaban darle ánimos, aunque el pesar y la preocupación quedaban reflejados en sus rostros.

Okime no acertaba a comprender muy bien los términos de la resolución. Por un lado, se iba a realizar el ritual del Niomo-Trima, esto quería decir que aprobaban el matrimonio pero, por otro, los enviaban al territorio de los zaplos. ¡Era una condena de muerte!

Paulatinamente, iba tomando conciencia del veredicto y sus implicaciones. Las frases de ánimo de sus amigos y familiares lo deprimían más aún. Esto no hacía más que confirmar sus sospechas pesimistas.

Absorto en sus pensamientos, no la vio venir. Una mujer mayor, de pelo canoso y medio desdentada, se abalanzó sobre Okime propinándole una serie de golpes en el rostro y pecho.

-¡Mal nacido!. Tu estupidez ha condenado a mi niña. ¡Así te mueras antes de la próxima luna! . ¡Aaaay de mi niña! –se lamentaba aquella mujer.

La gente pudo apartarla de Okime. ¡Era la madre de Saila!. ¿Qué podía hacer él?. Todo estaba decidido. Ni siquiera una súplica frente al Consejo podía cambiar el veredicto. ¡Maldito el día en el cual decidió convocar al Consejo!. Hubiera sido todo más fácil si Saila y él se hubiesen fugado juntos. Ahora ya no era posible. Todo estaba decidido. Sólo Kuemetek podía influir en el destino.

Hasta este momento, durante toda su vida, Okime no había sido muy respetuoso con los dioses, no se puede decir que fuese un mal devoto pero cumplía mínimamente las obligaciones del culto. Tal vez, este fuera el motivo de tanta

desdicha. En cualquier caso, no importaba lo que hizo durante el pasado, si sobrevivía al presente, estaba dispuesto a rendir la debida devoción y respeto a Kuemetek. ¡Único Dios entre los dioses!.

2. La isla

La decisión de los Ancianos fue hecha pública. Sólo restaba ejecutar la sentencia y esperar. Todavía quedaban unos diez días para que emergiera la luna completa en el firmamento estrellado.

Okime recabó información de sus familiares y amigos acerca de los zaplos. Las conclusiones no podían ser más funestas. Los zaplos son un pueblo belicoso, salvaje y antropófago. Viven saqueando y sometiendo a los pueblos colindantes. En sus incursiones y ataques, suelen hacer esclavos, tanto a hombres como a mujeres. Cuando estos no les sirven para el trabajo, en las fiestas, los sacrifican en favor de sus dioses para, posteriormente, comerlos durante la celebración.

Él, junto a su amada, iban a ser conducidos a la isla de estos demonios. Debían sobrevivir allí, sin más ayuda que sus propias manos. En los días que restaban hasta su traslado, tenía que aprender todo lo necesario para conseguir su objetivo. Era imprescindible conocer cómo hacer fuego sin producir apenas humo, que frutos salvajes eran comestibles y cómo vivir sin ser detectados.

Okime convenció a su amigo de la infancia, Mojeo para que le ayudase en todo y le acompañase en estos momentos difíciles. Juntos, planearon ir a escondidas a la isla de los zaplos para estudiar el terreno y, transportar agua junto con otras cosas útiles. Debían aprovechar la ventaja que les suponía que su ausencia del poblado no es sospechosa. Todos sabían que Okime pasaba periodos en medio de la jungla para adaptarse y aprender supervivencia.

Con más miedo que arrojo en el cuerpo, como fugitivos amparados por las sombras del atardecer, desde un punto de la costa apartado del poblado, cargaron la canoa con todo lo que querían llevar y partieron hacia la isla destino.

La noche era fresca y despejada. Orientándose con las estrellas, tomaron rumbo sur-suroeste. El mar estaba en calma, sin brisas, sólo se escuchaba el sonido rítmico de las palas chocando contra el agua y sus respiraciones acompañando la marcha. A cada movimiento de las palas, las gotas de agua fría salían despedidas hacia sus cuerpos. Éstas los refrescaba gratificáblemente y los mantenía despiertos.

No podían perder el ritmo. Era necesario arribar a su destino antes que amaneciera, en caso contrario, no podían desembarcar al amparo de la penumbra del amanecer y correrían el riesgo de ser descubiertos por los zaplos. El esfuerzo estaba siendo supremo. A menudo era necesario corregir el rumbo, una fuerte corriente lateral lentamente los desviaba de su trayectoria. Sólo el miedo a ser descubiertos y la acumulación de adrenalina impedirían que, cuando llegasen a la isla, se quedaran dormidos agotados a pie de playa.

-Nunca pensé que ser tu amigo podía ser tan peligroso y cansado –se lamentaba Mojeo-. ¡No me lo puedo creer!. Estoy remando en compañía de un loco

enamorado que no puede tener la boca cerrada cuando debe. ¿Por qué?. Por cierto Okime, me puedes explicar por qué estoy aquí jugándome la vida.

-¡Es muy sencillo muchacho!. Porque eres el más tonto y fiel de mis amigos.

-Bien lo puedes decir. ¡El más tonto! -lamentaba Mojeo.

-Pssst. ¡Silencio!. Escucha. ¿No oyes nada?.

-No..., no oigo nada.

-¿Qué es aquello?.

-¿El qué...?.

-Allí, a tu derecha, donde el mar termina -señaló Okime.

A lo lejos, en el horizonte se podía apreciar una potente luz blanca que iluminaba la superficie del mar produciendo destellos con el movimiento del oleaje.

-¡Ay!. Seguro que es uno de los demonios enviados por Kuemetek para castigarnos por nuestra osadía.

-No seas cobarde Mojeo, yo creo que es una señal, una estrella que ha bajado hasta el mar para indicarnos que los dioses están con nosotros. ¿Por qué no vamos hacia ella? -propuso Okime.

-¡Tú no estás bien de la cabeza!. Si Kuemetek hubiese estado contigo, el veredicto de los Ancianos habría sido favorable para ti y ahora nosotros no estaríamos aquí. Así que, en mi opinión, lo mejor que podemos hacer es remar rápido y en silencio antes que ese demonio nos vea y nos arrastre hasta las profundas entrañas del mar.

-¡No sé si he hecho bien en contar con un cobarde para que me ayude! – se lamentaba Okime.

-¡No sé si yo he hecho bien en tener a un descerebrado por amigo! -protestó a su vez Mojeo.

Dicho esto, continuaron avanzando en silencio a buen ritmo hacia la isla de los zaplos. Sin embargo, de vez en cuando, Mojeo echaba una mirada furtiva hacia aquella extraña luz, tan sólo el tiempo necesario para asegurarse que, cada vez estaba más lejos y que, por suerte para ellos, se dirigía al otro lado de la isla de los zaplos.

Alcanzaron la playa antes del amanecer y desembarcaron amparados por la oscuridad de la noche. El único sonido apreciable era el producido por el suave oleaje rompiendo en la orilla de la playa.

Les dolían los hombros, la espalda y los riñones de tanto tiempo remando sin descanso. Ahora, al tomar la canoa en peso, para no dejar marca en la arena, notaban el cansancio del esfuerzo y el dolor que éste producía en sus cuerpos.

Cruzaron la playa y llegaron a la protección que les brindaba la primera línea de palmeras. Una vez allí, sin más demora, buscaron ramas para ocultar la embarcación para que ésta, pasara desapercibida desde la orilla. Terminado este trabajo, sin mediar palabra, se recostaron en sendos troncos. ¡Estaban exhaustos!.

-¿Qué te parece si descansamos un poco?.

-No creas que es una mala idea –contestó Okime. Todavía no ha amanecido y sin la luz del día no podemos explorar el terreno.

-¿Qué?. ¿Hace un sueñecito?.

-¡Vale!. Nos lo hemos ganado. El primero que se despierte que llame al otro.

Cerraron los ojos y vencidos por el cansancio, tumbados en el suelo, durmieron mientras los primeros rayos de sol comenzaban a dibujar tímidamente sombras sobre el suelo.

Okime se despertó sobresaltado a causa de su nerviosismo. Mojeo roncaba también estrepitosamente. Era una suerte que no hubiese pasado nadie por allí ya que, con toda seguridad, los habría descubierto.

Miró hacia la playa y ésta parecía desierta. Fue hasta donde comenzaba la línea de palmeras y observó la orilla a lo largo, en toda su extensión. ¡No había nadie por allí!

El sol lanzaba destellos plateados sobre la superficie del mar en calma. El mar verdoso, con sus aguas cristalinas, las suaves pinceladas blancas de las crestas de espuma del oleaje, la arena lisa y blanca que cubría la playa como una alfombra al pie de los troncos de las palmeras, coronadas por el verde de sus hojas sobre fondo azul del cielo, todo en su conjunto, producía un paisaje de extrema belleza. Contemplando aquella quietud, no podía imaginar que estaban en un lugar tan peligroso y siniestro.

¡Horror!. ¡No era posible!. En aquel manto de arena, eran claramente visibles sus pisadas que, como marcas dibujadas, indicaban una trayectoria inequívoca, como cuando las tortugas salen del mar para deshojar dejando claramente patente su rastro. Las huellas conducían directamente desde el agua hasta el escondite de la canoa. Si alguien pasaba por la playa y seguía las huellas, descubriría la embarcación y, tarde o temprano, ellos serían capturados. Aunque tratase de disimularlas, se apreciaría el intento por ocultarlas. ¿Qué podía hacer?

Una idea llegó como un chispazo hasta su mente. ¡Claro!. ¡Aquella podía ser la solución!. Giró tras sus pasos y fue rápidamente a despertar a Mojeo.

-¡Despierta!. Tenemos trabajo que hacer -decía mientras lo zarandeaba suavemente.

-¡Eh!. ¿Qué pasa?. ¿Ya es de día?—preguntó Mojeo atontado.

-¡Venga!. ¡Despierta!. Han quedado señales de nuestra llegada en la playa. Tenemos que disimularlas.

-¿Qué vamos a hacer?.

-He pensado que podemos volver andando al agua, despacio, con pisadas poco espaciadas y muy profundas, como si fuéramos cargados con la canoa. Las huellas deben de formar una línea paralela a las pisadas que hay ahora. Cuando lleguemos al agua, volvemos de nuevo pero intentando pisar sobre las mismas huellas que hicimos esta mañana al llegar. Por último tomamos la canoa y la escondemos en otro lugar. Dejaremos estas hojas y las ramas que cubren la canoa aquí esparcidas en el suelo. Haciendo todo esto, podremos conseguir dar la impresión que vinimos, estuvimos aquí y ya nos hemos marchado. Tal vez así, consigamos engañarles y no nos busquen.

-Tienes una mente rebuscada—dijo Mojeo-. ¡Pero puede que funcione!.

-¡Claro que sí!. ¿Tienes alguna idea mejor?.

-Sí, vayamos al agua con la canoa y volvamos a casa.

-Tú siempre bromeando.

-No es broma, va en serio. Esta isla me produce un escalofrío nada agradable.

-¡Ya lo entiendo!. Por eso, con tanta preocupación y miedo en tu cuerpo, no has podido dormir. ¿Verdad? -ironizó Okime-. Deja de quejarte y vamos a darnos prisa antes que aparezca alguien por la playa y nos descubra.

La verdad era que Okime sentía tanto miedo como su amigo, pero no podía reconocerlo frente a éste porque sino, acabarían asustados los dos y volverían corriendo a casa. ¡Estaban en la isla de los zaplos!. Aquel lugar sólo era sinónimo de esclavitud y muerte para los tacana-noé. ¡No estaban jugando!.

Comenzaron a ejecutar el plan andando y grabando firmemente las huellas en la arena, sus movimientos y gestos parecían algo cómico. Mientras marcaban la arena, no paraban de mirar hacia los lados, temerosos que alguien pudiera aparecer y verlos. La operación era arriesgada pero necesaria ya que más peligro entrañaba, por sí misma, aquella solitaria línea de huellas. Todavía era muy temprano y, a esa hora normalmente, no está levantado nadie en los poblados. Los zaplos no tenían porque ser diferentes a los demás en ese aspecto.

Tras simular las nuevas pisadas, tomaron la embarcación y, con ella en alto, buscaron un buen escondrijo para depositarla. ¡Mejor así!. De día se veía mejor todo. La primera ubicación no era tan buena como en un principio parecía. Estaba demasiado al descubierto y, prestando un poco de atención, podía verse desde la playa.

A unos doscientos metros del lugar del desembarco, encontraron un buen emplazamiento para depositar y esconder la canoa. Ésta quedó perfectamente camuflada. El trabajo estuvo tan bien hecho, que fue necesario que se asomaran a la primera línea de las palmeras para tomar referencias de la ubicación y, facilitar de esta forma su posterior localización.

Tras mudar la canoa, era el momento de iniciar la incursión en la isla. El poblado de los zaplos, posiblemente estaría situado por detrás de las montañas, al otro lado, ya que durante su aproximación, desde el mar, no apreciaron ninguna fogata o luz en esta parte del litoral. No obstante, debían ser precavidos por si estaban equivocados.

Okime alzó la vista y vio que cerca de la playa se elevaba parte del peñasco rocoso. Por lo que se podía apreciar, desde aquella distancia, era posible subir hasta la cima. Aquel sería un buen lugar para otear la isla, tomar referencias y fijar la situación del poblado de los zaplos.

Se encaminaron hacia allí con el objetivo de coronar la cima lo antes posible. El trayecto era más escarpado de lo que parecía a simple vista, pero tanto mejor, cuanto más dura fuera la ascensión, menor probabilidad había de encuentros con extraños en el camino.

Durante el recorrido pudieron apreciar la existencia de unas oquedades escurridas cerca del acantilado, en el pie de la formación rocosa. Luego, más tarde, sería aconsejable examinarlas, tal vez alguna de ellas pudiera darles cobijo. Desde la cima del peñasco, podían disfrutar de una vista envidiable de toda la isla. Un inmenso manto verde de jungla cubría toda su extensión, únicamente roto por el pico de algunos montes que desentonaban con la uniformidad del paisaje.

En la superficie del mar, a lo lejos en el horizonte, parecía dibujarse una forma de algo no definido que, aparentemente, permanecía inmóvil. Puede ser que fuera el demonio que vieron la noche anterior. Si esto fuese cierto, este monstruo, seguramente ahora, estaría custodiando los confines, allí donde el mar termina,

dispuesto a devorar a los necios imprudentes que se atrevieran a aventurarse hasta el borde del mundo.

En el otro extremo de la isla, en el lado opuesto a la playa en la que ellos habían desembarcado, se podía apreciar una zona de terreno sin vegetación, del cual, ascendían finas columnas de humo blanquecino prácticamente difuminado. Era la hora del desayuno y aquel debía ser el humo de las fogatas, así que no cabía duda, aquella zona despejada debía ser el poblado de los zaplos. En esta vertiente, el terreno del peñasco era mucho más abrupto. Ésta era una muy buena noticia, ya que los zaplos no se acercarían a este emplazamiento desde este lado, en todo caso, lo harían bordeándolo o desde la playa, tal y como habían hecho ellos para llegar hasta la cima.

Si Okime y Saila debían pasar todo un ciclo lunar en aquella isla, aquel era uno de los mejores sitios para poder controlar las visitas inesperadas. El resto de la isla sólo era jungla y playas.

Durante el tiempo que permanecieron allí arriba respiraron paz y tranquilidad, Okime y Mojeo no se dijeron ni palabra con tal de no romper la magia del momento, o simplemente, por miedo a que alguien les escuchase aunque, esto último, jamás lo reconocerían abiertamente. Contemplando este otro paisaje, se reafirmaba la idea que parecía mentira que aquella isla fuera un lugar de muerte y dolor.

Descendieron de la cima siguiendo el mismo sendero por el que subieron. Cambiaron el rumbo para dirigirse a las oquedades que habían observado durante el ascenso.

Al avanzar por el sendero apreciaron que éste se unía a otro camino mayor y, por el aspecto del mismo, éste último era más transitado.

Las oquedades, desde cerca, se veían menores. En realidad, eran plataformas a diferentes niveles excavadas en la montaña, con huecos a modo de nichos distribuidos de una forma espaciada. Y nunca mejor utilizada la palabra nicho ya que, cuando se aproximaron, pudieron observar que se trataba de un cementerio, en el cual, los cuerpos debidamente amortajados, eran colocados en posición de cuclillas y se dejaban a la intemperie para que, el tiempo y la naturaleza, completaran su descomposición. Un campo santo no era el mejor sitio para estar, ¿o tal vez sí?. Sería algo a tener en cuenta y valorar más adelante.

Continuaron por el camino y alcanzaron una cueva al pie del peñasco. Desde fuera, se veía grande y espaciosa, pero no iban provistos de antorchas para poder examinarla en detalle.

Hasta este momento, no habían visto muchos recursos alimenticios a excepción de los consabidos cocos de la playa. El camino continuaba y se perdía en la profundidad de la jungla en dirección al espacio exento de vegetación, en el cual, suponían estaba situado el poblado.

Por precaución, salieron del camino y siguiendo una trayectoria paralela a éste para evitar encuentros imprevistos. Prosiguieron su avance con cautela y sigilo. Cada vez estaban más cerca del poblado y no debían ser descubiertos o morirían. Pasaron cerca de unos cultivos que estaban siendo trabajados por unos individuos, los cuales, por su apariencia y los harapos con los que se cubrían, no debían ser zaplos sino posiblemente esclavos.

Ocultos y protegidos por la espesura de la jungla, llegaron hasta la linde del poblado. Allí estaban los verdaderos zaplos. Parecían personas normales, aunque un poco corpulentas frente a los cuerpos débiles y algo demacrados de los esclavos. Vistos desde esta distancia y sin sus pinturas ceremoniales de guerra, no parecían tan fieros.

Un esclavo llevando una red sujeta en la frente, iba cargado con cinco o seis cocos. Se dirigía caminando cansinamente hacia donde estaban ellos escondidos. Un niño pasó corriendo al lado de él, tropezó con una raíz gruesa y cayó al suelo. El niño comenzó a llorar estrepitosamente. Un adulto que allí dormitaba, interpretó que el niño había tropezado con el esclavo, cosa que no era cierta. El adulto fue hacia el esclavo y de un fuerte golpe en el estómago lo derribó. Éste quedó tendido en el suelo, encogido por el dolor. Fue entonces cuando el adulto le ordenó al niño que orinara encima del esclavo. Una mezcla de dolor, rabia e indignación se apreciaba en el rostro de aquel hombre. El niño terminó de orinar y continuó corriendo como si no hubiese ocurrido nada. El adulto, antes de marchar, propinó un fuerte puntapié al esclavo en las costillas.

Nadie alrededor pareció mostrar interés por la escena, lo que indicaba que vejaciones y humillaciones de este tipo, debían ser una práctica totalmente normal. Esta era la imagen del futuro que les esperaba entre esta gente si eran capturados. Sin mediar palabra, Okime y Mojeo regresaron de nuevo a la jungla, quedando fuera de la vista de los zaplos. Anduvieron gran parte del camino sin hablar, como temiendo que alguien les oyera. Mojeo fue el primero en romper el silencio:

-Ten mucho cuidado que no os descubran. Si los zaplos os capturan a ti y a Saila, nadie os podrá ayudar. Ya has visto un ejemplo de lo que os espera.

-Eso no es lo peor. ¡Pueden comerte cuando quieran!—se lamentó Okime.

-En verdad, ¿piensas que vale la pena todo esto por una mujer? -preguntó Mojeo tratando de conducir a su amigo hacia el camino de la cordura.

-Por una mujer no sé, pero por Saila sí.

-Saila, al fin y al cabo, es una mujer como otra cualquiera. Es más, perteneció a otro hombre. Con la dote que ofreces puedes obtener a la mujer que deseas. Todas ellas son capaces de darte momentos de placer e hijos. ¿Por qué insistir tanto en ella?.

-Eso lo dices porque tú nunca te has enamorado. Todavía no has querido a una mujer -replicó Okime.

-No hasta el punto de jugarme la vida. ¿No crees que sería bueno que te lo plantearas de nuevo?.

-En primer lugar, no quiero. En segundo lugar, quedaría a la vista de todos como un cobarde. Lo de jugarse la vida no es significativo: a veces lo haces por cosas menos importantes. Sin ir más lejos, tú te estas jugando la vida y la libertad ahora mismo por mí, por un amigo. ¿Quieres decirme que llegada la ocasión no lo harías por tu amada?.

-¿Por una mujer?. No nunca. Mujeres hay muchas, amigos no tantos.

-Veo que no vale la pena seguir discutiendo este tema contigo. Pero llegado el caso, te recordaré la conversación de hoy -advirtió Okime.

-Eso será si vuelves de aquí.

Tras este breve diálogo anduvieron en silencio hasta llegar al escondite de la canoa. Buscaron un lugar para guardar la carga. Muy cerca de donde estaban,

vieron una palmera con el tronco muy inclinado hacia la playa. Aquella era una buena referencia. Tomaron las cosas que habían transportado e hicieron un agujero cerca del pie de aquella palmera y ocultaron su carga.

Tras esto, otearon la playa para asegurarse que no había nadie en los alrededores y, una vez comprobado, se hicieron a la mar rápidamente.

Los primeros momentos fueron de un ritmo frenético, remaban tan rápido como podían. Si alguien los veía marchar, ya sería tarde para capturarlos. La adrenalina hacía que sus corazones latieran rápidamente, casi tan rápido como sus paladas. Los músculos permanecían tensos por el esfuerzo y el miedo.

Remaron con la boca reseca, la respiración rápida y entrecortada, la mirada siempre fija hacia el horizonte, era mejor no saber que estaba ocurriendo a sus espaldas.

Después de remar durante casi una hora, estando ya fuera de peligro, era el momento para tomarse un respiro, de comer y beber algo. El sol situado en su punto más alto castigaba sin piedad, así pues, reanudaron la marcha a un ritmo más descansado y pausado. Llegarían al poblado al atardecer. Esa sería una muy buena hora para descansar.

-¡Habían estado en la isla de los zaplos! –pensó Okime-. Este hecho, en sí mismo, era un acto de valentía. Sin embargo, no lo podían contar a nadie. Por cierto... Tenía que hablar con Mojeo de todo esto porque en ocasiones, cuando bebía más de la cuenta, era un poco fanfarrón. El haber estado en la isla, cruzado por medio de un cementerio y llegado hasta el poblado de los zaplos durante su incursión era algo difícil de callar por parte de cualquiera.

-¡Mojeo!

-¿Sí?.

-¿Recuerdas cuando hemos pasado por el cementerio?.

-Sí claro, nada más recordarlo, el vello de los brazos se me pone de punta.

-¿Has visto como estaban dispuestos los cuerpos?. Te imaginas que te amortajaran vivo y te dejaran en ese cementerio.

-¿A qué viene eso? -preguntó Mojeo algo extrañado.

-Simplemente estoy tratando que te hagas a la idea, de lo que te voy a hacer si abres esa boca y le cuentas a alguien donde hemos estado hoy. Espero no tener que hacerlo, pero no voy a dudar ni un momento en llevar a cabo mi amenaza. Piensa que sólo pretendo informarte para que lo tengas presente.

-Yo pensaba estar callado, no hace falta que me amenaces. No me tengo por estúpido. Además.... ¡Soy tu amigo!.

-Sí, pero eres un *bocazas* cuando bebes. Así que, si se da el caso, ya estás advertido.

Dichas estas palabras, se hizo un silencio que ninguno de los dos volvió a romper durante el resto del trayecto.

3. Los preparativos

Saila recibió la noticia del veredicto con sorpresa. Nunca habría imaginado que Okime presentaría el caso ante el Consejo.

Ella le estimaba, él no era un mal partido para tenerlo como marido. Era considerado, guapo y tenía suficientes bienes como para no pasar penurias en los próximos años. No obstante, nada de aquello compensaba sufrir el ritual de Niomo-Trima durante todo un ciclo lunar y menos en la isla de los zaplos.

Ante esta perspectiva, era mejor quedarse a vivir con Palato, siendo su concubina y la sirviente de su mujer, que pasar por la prueba impuesta por el Consejo. Okime no valía tanto esfuerzo por parte de ella.

En este asunto su opinión no importaba, era una mujer y como tal, su papel era callar y someterse a lo impuesto por los hombres.

Tras el veredicto, no había elección, sólo posibles finales: o morían juntos en la isla o sobrevivían y, en ese caso, terminaría casándose con Okime.

La decisión del Consejo llegó como un mazazo que zarandeaba su vida. Lejos de su familia, sin posibilidad de hablar con su madre o hermanas para recibir consuelo ante tan mala fortuna.

Aprovechando el poco tiempo que le quedaba allí, era presionada por la mujer de Palato para trabajar durante todo el día como una burra, para más tarde a la noche, verse obligada a satisfacer los deseos íntimos de Palato. Ya no era tratada como antes. Aquella familia se había hecho a la idea de su pérdida, ocurriese lo que ocurriese, no retornaría a ese hogar.

Faltaban pocos días para realizar el viaje a la isla de los zaplos y ella deseaba que nunca llegase, siempre era mejor la situación actual que lo que le esperaba tras el viaje. No servía de nada huir, la encontrarían y la posibilidad de morir desollada como castigo, ahuyentaba cualquier pensamiento de fuga.

Odiaba a Okime por todo lo que estaba ocurriendo pero iba a necesitar de su ayuda para sobrevivir. Junto a él tenía pocas posibilidades pero al menos tenía alguna, la huida no era ninguna opción posible. Dentro de ella anidaba un sentimiento enfrentado: le quería y le odiaba, lo rechazaba y lo necesitaba.

El destino estaba siendo muy cruel, primero enviudó y ahora esto. ¿Cuándo los dioses y los hombres le permitirían ser feliz?

Para dar respuesta a esta pregunta, fue a consultar a la vieja Lena. Ella podría desvelar los designios que el destino le tenía preparado. Lena era tan mayor que apenas si tenía fuerza para hablar, no se le entendía, era necesario que una de sus hijas hiciera de interprete.

Saila tomó un gallo y fue hasta la choza de la vieja. La estaban esperando, esto no era sorprendente ya que, cualquiera en su lugar, tarde o temprano habría pasado por allí para poder averiguar algo acerca de su futuro.

Cuando llegó Saila a la choza no fueron necesarias más palabras. Se sentó en el suelo junto a la mujer mayor. La ayudante se agachó, tomó el gallo por la cabeza, de un fuerte y certero giro le rompió el cuello. A continuación abrió el animal en canal mostrando sus entrañas. Depositó el cuerpo frente a la vieja. Ésta comenzó a manipular las vísceras con los dedos y a decir cosas incomprensibles. Automáticamente la ayudante inició la traducción.

-Has despertado el deseo y la lujuria entre los hombres. Kuemetek te ha castigado por ello.

-Eso no es nuevo. Todo el mundo lo sabe.

-Has de limpiar tu imagen frente a Kuemetek, nadie más te podrá perdonar.

-Él no tiene que perdonarme nada, la lujuria es de los hombres, no mía. Mi único pecado ha sido vivir.

La vieja no prestaba atención a las réplicas. Continuaba examinando las entrañas del animal.

-Sólo serás perdonada por Kuemetek si eres capaz de purificarte en la tierra impura.

Se hizo el silencio. La vieja Lena quedó inmóvil, no tenía más que decir.

-¡Vaya adivinadora!. ¡No me has dicho nada que yo no supiera!. ¡Hasta los niños habrían tenido más imaginación para contarme algo nuevo!. Esto no valía el gallo que te he pagado -replicó con descaro Saila.

La vieja tomó un cubilete que contenía unas tabas. Este arte adivinador sólo lo usaba en contadas ocasiones ya que, como ella decía, era peligrosa porque establecía un enlace directo con los muertos. Ella era muy mayor y no quería quedarse en compañía de ellos en una de estas consultas. Agitó el cubilete y volcó el contenido en el suelo. Unos cuantos guijarros de colores y huesos pequeños de animales quedaron esparcidos. La adivina soltó un pequeño e inaudible alarido de terror.

-La sombra de la muerte se cierne sobre ti. La muerte es tu compañera inseparable.

-¿Eso que significa que Okime o yo vamos a morir?.

-¡Volverás envuelta en un manto de muerte!. ¡Estás maldita!. Márchate de aquí. Los dioses te han maldecido.

La vieja quedó haciendo gestos intentando alejar lo antes posible a Saila de su presencia.

-¡Maldita bruja! -pensaba Saila-. ¡Ha conseguido asustarme!. ¿Qué habrá querido decir con todo esto de la muerte?. ¿Sólo era teatro?. Estaba realmente asustada o lo había hecho para justificar el cobro del gallo. Por cierto, ¿qué diría Palato cuando se diera cuenta que tenía un gallo menos?. Bueno... ¡Qué se fastidie!. ¡Ella valía más que un gallo!. En el peor de los casos la podría matar y, ya que ese era su destino, qué más da en que forma llegase la muerte hasta ella.

En la aldea principal habían dado comienzo los preparativos para la ceremonia del Niomo-Trima, en unos días llegaría la novia. Normalmente, éste es un evento que conllevaba alegría, ya que siempre se realiza previo a un matrimonio pero, en este caso era diferente: las bromas sobre los futuros cónyuges y las risas no hacían acto de presencia.

Para realizar este rito es necesario construir un camene, que consiste en una especie de choza de forma cónica, con un armazón de bambú, con paredes y suelo hecho de hojas de palmera trenzadas.

Las dimensiones son muy reducidas, posee un diámetro de base y una altura igual a la longitud del bastón del Anciano Mayor, esto es, más o menos, siete palmos de una persona adulta. La abertura superior tiene un diámetro aproximado al ancho de la palma de una mano. Este orificio actúa a modo de tragaluz y respiradero, facilita la ventilación interior. El camene posee otra abertura longitudinal a la altura de la base, con la medida justa como para poder hacer pasar un cuenco.

El ritual del Niomo-Trima, normalmente da comienzo ocho días antes de producirse la boda. La futura esposa es introducida en este habitáculo. Sus paredes son enlazadas y entrelazadas con la base, de tal forma que queda encerrada herméticamente dentro, sin posibilidad de salir sin romper las paredes.

El habitáculo con su valioso contenido es montado en una especie de trineo y transportado hasta el poblado del futuro marido. Allí, la novia queda custodiada por la familia del novio. Una vez transcurridos los siete días y sin que ningún hombre pueda ver a esta mujer, termina su encierro. Durante el octavo día, la familia de la novia se desplaza hasta la aldea del novio y entonces, la futura esposa es preparada por su propia familia para la boda. Ésta tiene lugar al atardecer del octavo día en el poblado del novio.

El objetivo del Niomo-Trima es simbólicamente, durante una semana, preservar la pureza inmaculada de la mujer. Este periodo sirve para purificarla y, por otro lado, el hecho que sea la familia del novio quién cuida y alimenta a la futura esposa es señal de aceptación por parte de su nueva familia.

El tiempo estaba pasando y, pronto, Saila sería recogida para ser trasladada a la aldea principal. Allí sería clausurada en el camene que estaba siendo preparado en su honor.

En esta ocasión, en el ritual, existían muchos matices que habían sido modificados: el lugar de destino no era la aldea del novio sino la isla de los zaplos, sería Okime el que cuidara de ella y no la familia de éste y, por último, el periodo de purificación no tendría una duración de siete días sino que sería de veintiocho días que es la duración de un ciclo lunar completo.

Transcurridos unos pocos días

Era media mañana, Saila volvía de traer agua del riachuelo que discurría por detrás del poblado. No estaba segura de cuando tendría que partir hacia la aldea principal, sabía que iba a ser pronto, la luna cada vez estaba más llena, pero no conocía con certeza si marcharía hoy, mañana o al siguiente día.

Cuando llegó a la choza, vio a Palato en compañía de un extraño. Por el trato que le estaban brindando, debía ser alguien importante.

-Saila, ha llegado el momento, debes de acompañarle al poblado principal – comenzó a hablar Palato.

-¿Y si no quiero ir?.

-Morirás aquí mismo –dijo el extraño.

-¡Qué importa morir ahora o dentro de unos días!.

-Si vas con él todavía tienes una posibilidad.

-La tendría si tú hubieras cedido a la petición de Okime –respondió Saila.

-¡No te quejes!. ¡Yo tampoco gano!. En cualquier caso, tú no volverás y yo habré perdido tu dote.

-¡Te has cobrado la dote usándome por las noches!. ¡Notarás la diferencia cuando estés a solas con la asquerosa de tu mujer!.

-Por favor, líbreme de esta mujer desagradecida. Ya has podido apreciar, en agradecimiento a todos los cuidados que le hemos ofrecido en esta familia, quiere dejar sembrado el malestar en mi hogar.

Aquel hombre agarró por el brazo a Saila y caminaron en dirección a la playa. Allí les estaba esperando una canoa con cuatro remeros. Saila no miró atrás, nada dejaba. Nunca se sintió realmente integrada y acogida por la gente de aquel poblado. Siempre fue considerada como una extraña y, tras la muerte de Crose, quedó marginada. ¡Era una mujer marcada!.

A Okime nunca le había importado esto; en su poblado, Saila sería aceptada sin problemas. Él la quería tanto como antes de casarse. No haberse casado con él sólo había sido cuestión de tiempo y de oportunidad. El matrimonio con Crose fue concertado hacía mucho tiempo atrás, según marca la tradición ya que, por decirlo de alguna forma, la familia de Crose era noble. Sin embargo, Okime provenía de una humilde y éstas no solían hacer pactos matrimoniales a temprana edad. La razón era muy simple: en las familias humildes, normalmente, el futuro esposo no contaba con los suficientes bienes para la dote, por eso, los pactos se hacían a una edad tardía y en muchas ocasiones ni siquiera se realizaban.

Transcurrieron un par de horas hasta que Saila pudo divisar las chozas del poblado principal, no tenía ninguna prisa por llegar, no había ilusión en su mirada, sabía que le esperaba.

Cuando se casó, la semana que duró el Niomo-Trima se le hizo interminable. Finalizó con todos los huesos de su cuerpo entumecidos, nadie imaginaba las posturas que eran necesarias adoptar en aquel minúsculo habitáculo para descansar. El tener que hacer las deposiciones en cuencos no era nada agradable. Pero lo que más le afectaba, lo que peor llevaba, era el agobio que sufría dentro del camene, la sensación de claustrofobia en aquel recinto era aplastante.

Permanecer envuelta en tu propio olor condensado, tras varios días de encierro, se hace vomitivo. Por mucho que te lavases te sigues sintiendo sucia. Un olor rancio acaba por afianzarse en el aire que termina siendo cada vez más denso y menos respirable. Todo esto ocurrió en aquella ocasión en sólo una semana.

-Si los hombres tuviesen que pasar por este ritual para casarse, en breve se aboliría la ceremonia. Estaba segura de ello. ¡Que iba a ser de ella tras cuatro semanas! –lamentaba Saila-. Terminaría por volverse loca. Si Okime fue el irrespetuoso con el Consejo, ¿por qué no lo castigaron a él a pasar el Niomo-Trima?. Ella ni siquiera era culpable de haber llamado la atención de dos hombres a la vez.

Llegaron hasta la orilla. En ella un par de mujeres estaban esperando para conducirla a una choza, en la cual, sería preparada para la ceremonia.

En el trayecto, le vio, sus miradas se cruzaron, no sabía que hacer, si sonreír o dirigirle una mirada de desprecio, en estos momentos sus sentimientos hacia él estaban enfrentados interiormente. Okime no supo cómo interpretar sus gestos, se

sentía culpable por todo lo que estaba ocurriendo y lleno de culpabilidad desvió la mirada.

Durante la tarde, se apreciaba en el ambiente del poblado un clima de crispación y nerviosismo. Los guerreros preparando la escolta, los remeros uniendo dos catamaranes para el transporte del camene con su valioso contenido. Okime sentía un tremendo malestar en el cuerpo, todo como consecuencia del miedo y los nervios. ¡Había llegado la hora de la verdad!

Mojeo también estaba inquieto por la parte que le tocaba a él. Durante todo este tiempo, no había dicho nada a nadie de la incursión que realizó en días pasados a la isla de los zaplos. Hoy por segunda vez, iba a ejecutar dicha proeza. En esta ocasión, al igual que en la anterior, tampoco podría pregonarlo a los cuatro vientos. Okime y él convinieron que cuando partiera el grupo, él seguiría a las embarcaciones a una distancia prudencial para no ser descubierto. Una vez hubiesen llegado a la isla, Mojeo desembarcaría con provisiones y agua. Después, cuando el grupo hubiese regresado, ayudaría a Okime a trasladar el trineo con el camene a un lugar seguro. Más tarde, antes que amaneciera, abandonaría la isla. Contaban con su visita periódica a la isla portando víveres que les permitieran el sustento sin necesidad de moverse demasiado.

Esto suponía un gran esfuerzo para Mojeo. El trayecto hasta la isla se hacía largo cuando se realizaba en solitario. Además, no dejada de ser peligroso y temerario, mucho más que las heroicidades de los guerreros en la batalla ya que, en ella, no existe más opción que luchar y sobrevivir, pero Mojeo tenía la opción más fácil, quedarse en su hogar y no ayudar a Okime, evitando correr todos estos peligros, nadie podría reprocharle ser un cobarde. Sin embargo, no lo hizo, optó por el camino duro, por el riesgo y el peligro, era una gran señal de amistad que Okime no olvidaría jamás.

En esta ocasión, no era necesario recordar a Mojeo que la discreción era una parte importante de este plan, si alguien sospechase que era lo que estaba sucediendo, él sería el primero en ser ejecutado. Esto ya era suficientemente persuasivo por sí sólo.

4. El viaje

Saila fue introducida en el camene que estaba depositado encima del trineo. Según manda la tradición, una mujer casada del poblado, unió las paredes con la base por medio de una cuerda hecha de hojas de palmera trenzada especialmente. Sólo las mujeres casadas conocían esta técnica de trenzado.

El trineo fue tirado por varios hombres hasta la plataforma que se había dispuesto entre los dos catamaranes de transporte. Por último, Okime fue llevado a una de las canoas.

-¿Quiénes son esos?.

-Esos son vuestros guardianes. Su misión es la de proteger y escoltar la comitiva a un terreno oculto. Rudos guerreros, entrenados, salvajes implacables, rápidos, apariencia feroz, aguerridos en la batalla. Lo oportuno para evitar zarpar con riesgos.

-Intentar vivir era realmente algo difícil, llegar hasta la isla lo estaban poniendo bastante fácil –pensó Okime.

Faltaban tres horas para el anochecer cuando el grupo partió rumbo a su destino. Iban escoltados por cuatro canoas de guerreros, en cada una de ellas iban cuatro de ellos.

-¿Para qué tanta escolta si luego nos dejan solos en la isla? -se preguntó Okime.

La respuesta era evidente, no estaban allí para protegerle a él, sino para protegerse a sí mismos de su propio miedo.

Dentro del camene Saila, iba sintiendo el suave mecido producido por el oleaje. Comenzó a romper la cuerda trenzada. Esto estaba prohibido y significaba la muerte si era descubierto por alguien. Cuando llegasen sería de noche e imposible que los guerreros pudieran apreciar la cuerda rota. Lo que no estaba dispuesta era a morir ahogada si el catamarán volcaba o si la fuerza del oleaje lanzaba el trineo al mar.

Igualmente, una vez depositada en la isla, iba a romper la cuerda, no permanecería casi un mes allí encerrada. Ella fue una mujer casada y como tal, aprendió la técnica de trenzado. Una vez transcurrido un tiempo en la isla, fabricaría una cuerda nueva y enseñaría a Okime a anudarla. Quedando al final del periodo, a la vista de los demás, un camene intacto y precintado.

Había anochecido y el grupo de embarcaciones seguía su rumbo. No encendieron ninguna luz, temerosos de ser descubiertos desde la isla, tan sólo estaban alumbrados por la luz que reflejaba la luna llena.

Mojeo, mientras fue de día, mantuvo una gran distancia respecto al grupo, conforme fue anocheciendo esta distancia iba reduciéndose, la noche le asustaba y más desde aquel día que vio al monstruo de los mares.

A media noche

Faltaba poco para llegar al destino, en el horizonte una sombra oscura dibujaba el contorno amenazador de la isla.

De repente, el grupo comenzó a remar frenéticamente, por el costado derecho había aparecido algo que avanzaba sobre el mar muy rápido en dirección a ellos. Estaban seguros que aquello era uno de los demonios de las profundidades del infierno que protegían a aquel pueblo maldito.

En tan sólo unos instantes, la distancia entre Mojeo y el grupo se hizo mayor. Él ya conocía que era aquello, era el monstruo que custodiaba el fin del mundo y por la noche volvía a la isla de los zaplos para descansar. Optó por quedarse totalmente inmóvil. El monstruo pasó entre él y el grupo con sus dos ojos luminosos que despedían fuego contra la superficie del mar. Uno de estos ojos le miró fijamente durante un par de segundos, Mojeo a su vez, se agazapó en la canoa. Fue como si el sol, por un momento, brillara sólo para él. Por suerte, el monstruo no le prestó atención y pasó de largo.

Los guerreros mantuvieron el temple durante todo el tiempo, pero realmente estaban asustados. De esta aparición se hablaría por mucho tiempo en las tertulias de la tonga. El territorio de los zaplos era un lugar maldito. Nadie deseaba, en ese momento, encontrarse en el pellejo de Okime. Si éste sobrevivía a aquella aventura, se habría ganado el respeto de todos los miembros de la tribu.

Con más miedo que cautela, desembarcaron en la playa. Los guerreros adoptaron una formación triangular a modo de "V" invertida, atentos a cualquier ruido o movimiento procedente de la jungla. Era bien pasada la media noche, una hora poco probable para que estuviesen los zaplos esperándoles. Desembarcaron el trineo y lo arrastraron un poco por la arena sin llegar hasta la línea de palmeras. Nadie estaba dispuesto a arriesgar su vida por llevarlo hasta allí. Dieron media vuelta y rápidamente embarcaron tomando rumbo de regreso a casa. Todo fue tan rápido que Okime no tuvo tiempo de protestar para que llevasen el trineo hasta las palmeras.

Mojeo mientras tanto, había dado un pequeño rodeo y desembarcó a unos cien metros de ellos, iba cargado con víveres y agua al encuentro de Okime.

En la oscuridad de la noche se oyó la voz de Saila:

-¡Okime!. ¡Okime!. ¿Estás ahí?.

-Sí, pero no hables tan fuerte que te van a oír.

-¿Se han ido todos?.

-Sí, han huido corriendo asustados. Apenas si puedo ver las canoas en el mar.

Saila comenzó a trastear desde dentro del camene, terminando por sacar la cuerda que precintaba la base y saliendo al exterior.

-¿Qué haces mujer?. ¿No ves que con lo que has hecho estamos muertos los dos?.

-De todas formas estamos muertos. ¿Qué más da ahora o más tarde?.

-¿Estás loca?.

-No te preocupes que sé como arreglarlo. Pssst. ¡Silencio!. Parece que viene alguien.

Efectivamente la silueta de alguien andando hacia ellos quedaba dibujada sobre la arena blanca. Saila y Okime se escondieron al amparo del camene. Cuando aquella figura llegó hasta allí, se oyó una voz:

- ¡Okime!. ¿Dónde estas?. Soy yo, Mojeo.
-Estoy aquí -contestó saliendo de las sombras.
-¿Quién hay contigo?.
-Es Saila, que ha salido del camene.
-¡Eso no se puede hacer!.
-Bueno, vale ya. No os preocupéis. ¿Vale? -dijo Saila intentando tranquilizar a ambos-. Por cierto... ¿Quién eres tú?.
-Yo soy un amigo.
-Será el que nos aprovisione en los próximos días.
-Parece que lo tenéis todo planeado.
-Todo menos que tú salieras del camene -argumentó Mojeo.
-Bueno, simplemente tendremos que improvisar un poco –replicó Okime.
-¡Dejémonos de conversación y llevemos todo esto a la cueva! –dijo Mojeo inquieto por abandonar la playa cuanto antes.
-¿Qué cueva?.
-Una que nosotros conocemos. Mojeo deja las cosas sobre el trineo y vayámonos.

Tomaron el trineo en alto para no dejar huellas en el suelo y seguidos por Saila comenzaron su peregrinación hasta la cueva que habían descubierto en su viaje anterior. Era un alivio que Saila hubiese escapado del camene, así era más liviana la carga. Mojeo estaba realmente agotado tras tantas horas de remar. Gracias a la luminosidad que proporcionaba la luna llena, podían moverse sin problemas de visibilidad.

Llegaron hasta la cueva y depositaron en la entrada el camene. No se aventuraron muy adentro, primero deberían descansar un poco, o al menos Mojeo, ya que luego le esperaba todo el viaje de vuelta al poblado.

Okime sacó sus utensilios y comenzó a crear fuego. No hacía frío y menos después del esfuerzo que habían realizado para transportar todo a la cueva, pero necesitaban una llama para inspeccionar el interior de la cueva. Saila continuaba callada sentada en el suelo, recostada descansando contra la pared, tenía la mirada perdida.

Tras unos minutos de esfuerzos, Okime consiguió una brizna de fuego, lo suficiente como para desencadenar las llamas. La noche había avanzado y el frescor comenzaba a hacerse notar. Con unas cuantas ramas secas y un poco de madera, encendió un pequeño fuego. Improvisó una antorcha y fue a explorar el interior de la cueva.

¡Oh!. ¡Oh!. Aquello tenía mala pinta. Las paredes estaban llenas de dibujos e inscripciones. Había esparcidas figuras de madera representando dioses grotescos, con expresiones agresivas en sus semblantes. Al fondo de la cueva había un gran bloque piedra a modo de altar.

Posiblemente, sobre aquella losa se llevaran a cabo ceremonias de sacrificios. En su superficie existían labrados pequeños surcos, que con toda seguridad servirían para conducir la sangre de las víctimas hacia un recipiente. Aquel lugar era tenebroso y siniestro, desde luego no era el sitio más conveniente para permanecer durante su estancia en la isla. En el momento en que hubiesen descansado un poco, abandonarían la cueva y borrarían cualquier vestigio de su presencia allí.

Volvió junto a Mojeo y Saila, no les dijo ni palabra de lo que había descubierto, no ganaba nada poniéndolos nerviosos. Esperaría a que Mojeo descansara un poco y se moverían fuera de aquel lugar. Comió un poco para ayudarse a superar la espera.

Descansaron al abrigo de la cueva durante un par de horas, a todos les dio tiempo de dormir un poco. El día amanecía y debían comenzar a moverse.

-Venga, perezosos nos tenemos que marchar de aquí.

-¿Por qué?. ¿Qué le pasa a este sitio?.

-Esta cueva en un templo donde se hacen sacrificios. Si nos quedamos, con toda seguridad las próximas víctimas seremos nosotros.

-¿Qué piensas hacer?. ¿Cargar con el trineo por toda la isla? -preguntó Mojeo.

-Nos adentraremos un poco en la jungla, esconderemos el trineo y el camene. Después de ayudarme con esto, te puedes marchar antes que sea muy tarde. Nosotros intentaremos encontrar un sitio para ocultarnos.

-Sí, venga, vamos a darnos prisa que yo tengo que volver todavía a la playa.

Dicho esto se pusieron en movimiento. Retrocedieron unos cincuenta metros por el camino que habían realizado. En este tramo la espesura de la jungla era suficiente para ocultar el trineo y el camene. Okime y Saila tomaron las provisiones y se despidieron de Mojeo.

-Bueno, espero verte dentro de una semana.

-¿Al pie del tronco de la palmera inclinada? -preguntó Mojeo.

-Allí mismo, al amanecer -reafirmó Okime.

-¡Que así sea!. Tened mucho cuidado que no os descubran.

-Gracias por preocuparte. Estaremos bien.

-Adiós, me marchó ya.

Se quedaron inmóviles viendo cómo su amigo se alejaba en dirección a la playa. A partir de ese momento estaban solos.

Mojeo retornaba con paso ágil por el sendero de vuelta a la canoa. De repente, escuchó ruidos por delante como si algo o alguien avanzara por el camino hacia él. Un cerdo salvaje pasó velozmente al lado suyo. ¡Ufff!. El animal le había dado un susto de muerte. La canoa estaba cerca, sería mejor abandonar el camino e ir paralelamente por el interior de la jungla, tardaría un poco más pero evitaría más sobresaltos, puede que la próxima vez no fuese un cerdo salvaje el que se cruzase en su camino.

Okime y Saila fueron hasta el acantilado. Era conveniente encontrar cobijo seguro entre los escarpados salientes. Estuvieron durante largo rato mirando y buscando entre las rocas, al final encontraron lo que buscaban, un agujero accesible en la pared del acantilado daba paso a una cueva en forma de túnel de baja altura. La angosta entrada obligaba a entrar a gatas, más adentro, se ensanchaba en un espacio mayor. La forma en "L" del túnel, proporcionaba un buen abrigo e intimidad. Por los restos que encontraron en su interior, posiblemente era utilizado por algún tipo de ave marítima para anidar. No obstante, en esta época, la cueva estaba deshabitada. Era el escondrijo perfecto.

Mojeo encontró un sendero secundario en medio de la jungla que conducía a la playa. Avanzaba vigilante a cualquier ruido, o movimiento a su alrededor, prestaba tanta atención a no ser descubierto que no lo vio. De repente, su pie pisó un falso suelo dispuesto a modo de trampa para cazar animales salvajes, consiguió

agarrarse a unas plantas que había al lado, pero no pudo evitar que su pie cayera sobre unas afiladas cañas de bambú. Por suerte, las heridas no fueron profundas, pero lo suficientemente dolorosas como para hacer que Mojeo soltara un alarido de sufrimiento acompañado de una solitaria lágrima que discurría por su mejilla.

Sentía un dolor punzante que le subía por el pie hasta la rodilla. Quedó sentado en el suelo, tratando de evitar que aquel pie sangrara y pensando la forma de solucionar el problema para proseguir su marcha hasta la canoa. Al cabo de un minuto, el dolor dio paso a un enrojecimiento e hinchazón del pie. Ya no dolía, tenía el pie completamente apelmazado. Esto hizo sospechar a Mojeo. Arrancó una caña de bambú de la trampa y vio que la punta afilada estaba impregnada de algo. Al olerlo y pasarle la lengua para tomar su sabor, lo tuvo claro, aquello era jugo de querina.

La querina era una planta que los tacana-noé usaban para pescar. Tomaban varios tallos de esta planta y lo machacaban para extraer su jugo, luego éste era vertido en el lecho del río y, al cabo de unos minutos, comenzaban a aflorar a la superficie los peces medio atontados por el efecto del veneno, entonces era el momento de recolectarlos prácticamente sin esfuerzo.

No había mucho que hacer, la querina era un veneno potentísimo, todo dependía en estos momentos de la cantidad que hubiese absorbido su cuerpo. Siguió avanzando a pata coja apoyándose a cada paso en un palo de madera que utilizaba a modo de bastón improvisado y que encontró en el sendero.

Cada vez era mayor la porción de la pierna que no sentía. Todavía no había llegado a la playa, ya no sentía el muslo ni la nalga. Tropezó, intentó levantarse pero no pudo, todo le daba vueltas, su respiración se volvió pesada. Yacía en el suelo boca abajo, intentando incorporarse con sus brazos. No tenía fuerza, estos se habían vuelto de mantequilla. Intentaba moverlos y no obedecían, a lo sumo hacían pequeños movimientos erráticos sin fuerzas ni coordinación.

Sintió espasmos musculares y su cuerpo se convulsionó tres o cuatro veces. Las imágenes se volvieron borrosas, cada vez su ángulo de visión se estrechaba más terminando por convertirse en un pequeño círculo.

Se desvaneció y al poco rato abrió los ojos, era el único movimiento que podía realizar su cuerpo. Estaba inmóvil tirado en el suelo, sentía en su mente la embriaguez producida por el potente veneno. Le costaba trabajo respirar, era consciente que, de allí, no iba a salir por su propio pie, posiblemente, no despertaría del próximo desvanecimiento.

Nada podía hacer por mantenerse despierto. El sopor era muy fuerte, una embriaguez reconfortante, agradable, no es que se dejara vencer por ella, es que era más fuerte que él.

No supo cuanto tiempo transcurrió en este estado de profunda somnolencia, pero consiguió al fin abrir los ojos. Los finos destellos de los rayos del sol incidiendo en la vegetación, permitieron a sus ojos identificar fugazmente alguna imagen.

No sentía nada, como si su cuerpo no estuviese presente, por las imágenes que conseguía retener en su retina, le daba la impresión que estaba siendo transportado, colgado y atado en algún tronco o caña, al igual que se transporta a los cerdos salvajes tras ser abatidos. Mojeo cerró los ojos para, tal vez, no volverlos a abrir nunca más.

5. El científico

Tom Carter era un recién licenciado en Biología Marina. Fue una gran suerte obtener la beca que ofrecía una colaboración con el Instituto de Estudios Marinos de las Dótupe. Un licenciado tan joven como él, sin experiencia en trabajos de campo y con pinta de surfista californiano, normalmente, no era muy tenido en cuenta para este tipo de trabajo, siempre se solía buscar a otros candidatos más consagrados o que ya habían participado como ayudantes con otros científicos de más prestigio. Aquella beca era de las pocas que ofrecía trabajar en un estudio sobre los cefalópodos. No existían muchas instituciones que se preocuparan de estudiar los calamares, en todo caso sólo estaban interesados en los ejemplares gigantes y en el lenguaje de señales que realizaban por medio de su pigmentación variable. Éstos eran los motivos por los que tenía que conformarse con esta beca en las remotas Dótupe.

La especie sobre la que se proponía el estudio, era muy rara. Se trataba de un tipo de calamar autóctono de estas islas. No se podía encontrar en ningún otro lugar del planeta. Los intentos de estudiarlos y criarlos en cautividad habían sido totalmente desastrosos. Los ejemplares capturados murieron al cabo de poco tiempo de haber comenzado su encierro. Ello hacía que la única forma de conocer algo más sobre estos animales fuese estudiarlos en su hábitat natural, en estado salvaje, tratando de no modificar sus pautas de comportamiento y extrayendo la mayor cantidad posible de información a distancia sin interferir.

Estos calamares llamados queist por los nativos, tienen una peculiaridad única en su especie, ésta es: cuando se sienten amenazados, expelen por su piel una sustancia narcótica que atonta al depredador el suficiente tiempo como para permitirles la huida. Es precisamente este mecanismo de defensa, el que hace imposible su cría en cautividad, debido a que cuando se siente prisioneros en su entorno o están estresados, comienzan a producir cantidades excesivas de esta sustancia haciendo que su concentración en el agua sea lo suficientemente elevada como para hacer que perezcan por intoxicación. En el caso que se les vaya renovando el agua continuamente, también mueren, debido al agotamiento ya que en ningún momento, dejan de producir esta sustancia defensiva.

Los experimentos y ensayos realizados con este potente narcótico han dado resultados muy esperanzadores. Por su composición natural, presenta muy pocas contraindicaciones, es fácilmente tolerado por el cuerpo humano. Esto hace que sea ideal para su utilización en intervenciones quirúrgicas y en el tratamiento de enfermedades crónicas dolorosas. La industria farmacológica se verá revolucionada cuando este descubrimiento salga a la luz; hoy por hoy, se intenta mantener la mayor reserva posible sobre el tema.

Tom llevaba dos semanas de estudio y trabajo en aquel barco, con la única compañía de su ordenador portátil, el sonar y un radiotransmisor para solicitar ayuda en caso que se presentase cualquier imprevisto.

En estas peculiares condiciones había aceptado el trabajo. ¡Más valía solo que mal acompañado!. Por otro lado, la soledad le servía para concentrarse y avanzar en su trabajo de doctorado. Aunque tras estas dos semanas de soledad, comenzaba a echar de menos la compañía humana.

Las únicas personas a las que divisó durante todos estos días, fueron unos nativos. Ocurrió fugazmente hacía dos noches. En su trayecto de vuelta hacia la bahía, se cruzó con un grupo de embarcaciones. Suerte que estaba pendiente y llevaba los focos encendidos sino, los habría arrollado. Aquello era sorprendente, no entendía que hacían esos nativos navegando de madrugada sin ningún tipo de luz ni nada.

Los pueblos indígenas tiene costumbres, a veces, difíciles de entender. Los nativos de esta zona poseen fama de ser salvajes, agresivos y caníbales. Mejor era evitar cualquier encuentro fortuito con ellos.

Tom había determinado las pautas de movimiento de estos animales, el sonar le había facilitado mucho el trabajo. Estos bichos, en sus desplazamientos se agrupaban formando un banco, durante el día migraban a las aguas profundas de mar adentro. Entonces se disgregaban y alimentaban en las frías profundidades durante todo el día. Al atardecer se agrupaban de nuevo e iniciaban su desplazamiento nocturno hacia las poco profundas y cálidas aguas de la bahía, llegaban allí de madrugada y subían hasta la cálida superficie a reposar. Cuando los primeros rayos de sol aparecían retornaban de nuevo a mar abierto.

En un mapa cartográfico tenía dibujada la trayectoria con una gruesa línea roja, mientras que las zonas de alimentación y reposo estaban delimitadas por una fina línea amarilla. El ciclo migratorio se repetía a diario por lo que lo único que restaba era: tomar datos de la temperatura del agua, las horas de comienzo y finalización de las migraciones. Estos datos eran introducidos en un programa y éste generaba las gráficas automáticamente.

Todo estaba ya hecho, la labor comenzaba a ser monótona. No siempre que disponía de tiempo libre, le apetecía sumergirse a trabajar en su proyecto de doctorado. No se llevó nada para leer o entretenerse, ya que fue con el firme propósito de dedicar todo su tiempo libre a trabajar en su proyecto. En el barco encontró una novela de bolsillo, "El don". La leyó en un par de tardes, no estaban mal pero se acabó enseguida, ahora tenía que buscar la forma de matar el tiempo libre.

Al principio, el trabajo y la novedad, hacían que acabase rendido. Trabajaba por el atardecer y la noche, durante el día dormía a placer, había adaptado su ciclo de vida al de los animales.

Después de tantos días de sórdido aburrimiento, navegar hasta la madrugada y reanudar de nuevo cuando el sol comenzaba a despuntar, le tenía con el sueño cambiado. Cualquier ocasión para dormir era buena para intentarlo, pero el insomnio no dejaba de hacer acto de presencia en sus momentos de descanso y terminaba durmiendo a pequeños intervalos.

Una semana más y habría terminado su estancia en aquel lugar. En esos momentos era por la tarde y debía aprovechar para echar una cabezada. Ya

mismo, la noche llegaría y pondría rumbo a la isla acompañando al banco de queists en su movimiento migratorio.

Tras dormir un par de horas, comenzaba la nueva jornada laboral. Con el sonar, podía apreciar a que ritmo se iban agrupando los queists, poco a poco al principio y, a un ritmo más acelerado al cabo de media hora. Todavía no había descubierto cual era el mecanismo que los inducía a reunirse alrededor de los primeros individuos que formaron el grupo. Podía ser que utilizaran alguna forma de llamada generando ultrasonidos como las ballenas, o tal vez, realizando unos movimientos rituales como hacen las abejas para indicar una fuente de alimento.

Toda esta información podría formar parte y dar pie a un estudio posterior. Era interesante dejar constancia de ello para que en el informe se apreciara el buen trabajo profesional que estaba llevando a cabo allí. Además, en aquel lugar, no tenía rivales a quienes temer porque se atribuyeran el mérito de los descubrimientos y observaciones, sólo estaba él.

Hace dos días que Okime y Saila estaban en la isla. Sólo salían de su escondite por la noche para subir hasta la cima del peñasco y desde allí, rezar y suplicar a Kuemetek por sus vidas.

Okime relató a Saila los encuentros con el monstruo de los mares. Desde aquella posición en alto, se podía apreciar con toda claridad como, procedente de lo más profundo de los mares, por la noche el monstruo llegaba hasta la bahía enfrente del poblado de los zaplos con sus dos ojos llameantes iluminando el mar. Permanecía un rato despierto y luego cerraba los ojos para dormir. Por la mañana, cuando el sol comenzaba a despuntar, regresaba de nuevo a los confines del mundo, para saciar su hambre de hombres.

Esta noche los tambores de los zaplos estaban sonando, parecía que se preparaban para una ceremonia, o bien, se trataba de una fiesta o un matrimonio. Desde que anocheció, los tambores no dejaron de replicar. A lo lejos, se veía avanzar al monstruo hasta su lecho de descanso en la bahía. ¡Ésta era la viva imagen del infierno!. ¡Podía existir algún lugar peor que éste!.

Okime continuaba, noche tras noche, con sus silenciosas súplicas nocturnas desde el peñasco al dios. Saila permanecía a su lado. Parecía un poco escéptica en lo referente a los resultados que obtendrían de suplicar a Kuemetek durante todas las noches. Ella estaba condenada, lo había vaticinado Lena y esa maldita vieja nunca se equivocaba. Saila tenía por compañera a la Muerte y, que mayor maldición que no ser tú quien muera sino los que te aman. Por eso, ella no tenía nada que agradecer ni que suplicar al dios de Okime. Lo que tuviera que ser, que fuera y todos en paz.

Bien comenzada la madrugada, los tambores callaron. Una columna de antorchas encendidas partió desde el poblado hacia la playa. Vistas desde la cima del peñasco, parecía una serpiente de fuego dirigiéndose al mar. En la playa los hombres embarcaron en las canoas y remararon hasta donde estaba el monstruo dormido. Para Okime y Saila, esto fue una prueba irrefutable que confirmaba que los zaplos y aquel monstruo formaban parte del mismo mundo infernal.

-¡Ufff!. ¡Qué alivio! -pensó Tom-. Por fin esos salvajes han cesado de tocar los malditos tambores. Desde que llegué a la bahía no he dejado de escucharlos. Los

tenía dentro de mi mente, siempre el mismo sonido, monótono y rítmico, penetrando en mi cabeza como una barrena, lentamente, sin pausa, era como un persistente dolor de muelas. No es de extrañar que esta gente acabe paranoica con tanto "pom-pom-pom" martillándoles los oídos. Intentaré conciliar el sueño, ya mismo, está el día despuntando y hay que iniciar la marcha de nuevo. Mejor será que aproveche las pocas horas que faltan hasta el amanecer.

El suave mecido de la embarcación y el chapoteo de las olas al chocar contra el casco, contribuían a la relajación. Tom comenzaba a penetrar en el mundo de los sueños cuando un ruido en la cubierta le sobresaltó, daba la impresión como si algo se hubiese caído. Prestó atención y se oyeron más ruidos, parecía que hubiese alguien rondando por la cubierta. Se incorporó de inmediato, tomó una linterna y buscó con la mirada algo que pudiese blandir como arma defensiva, no había nada alrededor. Fue a la cocina y tomó un cuchillo. Éste era tan pequeño que era ridículo, con aquello no iba a poder intimidar a nadie pero no halló nada más a mano.

Subió la escalera hacia la cubierta con precaución, parecía que los sonidos habían cesado. ¡Ojalá todo hubiera sido fruto de su imaginación!. El corazón le latía frenéticamente y un sudor frío le perlaba la frente. Sacó la mano con la linterna iluminando la parte frontal, no vio nada extraño. Fue a asomar la cabeza para examinar el resto de la cubierta y fue entonces, cuando vio un nativo con el cuerpo y el rostro pintados de blanco con una especie de maza entre las manos. En un movimiento rápido y preciso, el nativo estampó la maza en la frente de Tom. Fue un golpe brutal que lo dejó sin sentido. Tom no tuvo tiempo de reaccionar, sólo hubo una fracción de segundo entre descubrir el rostro y sentir la descarga del terrible mazazo.

Desde el peñasco, Okime y Saila observaban las llamas de las antorchas como un grupo de estrellas brillantes revoloteando alrededor del monstruo. Éstas, tras una breve estancia en el mar volvieron a la playa. El monstruo no parecía haberse despertado con la presencia de los zaplos.

De regreso a la playa, los tambores volvieron a sonar, los guerreros fueron recibidos con gritos de alegría de las mujeres, no había habido ninguna baja y, capturaron al merodeador. Los niños miraban con admiración a sus mayores, ése era el espíritu guerrero de los zaplos.

Un pueblo combativo como ellos, no podía justificar su existencia sin una escaramuza o una guerra de vez en cuando. Esto servía para: elevar la moral de los jóvenes, crear nuevos héroes y en definitiva, para justificar su forma de vivir.

Una columna formada sólo por los hombres del poblado con antorchas encendidas en sus manos, se dirigía hacia el peñasco. Okime los vio partir desde el poblado en dirección a ellos. No era una buena noticia, sería mejor que se retiraran antes que alguien pudiera descubrirlos. Caminaron hacia el acantilado en silencio con la esperanza de no ser vistos, los guerreros todavía estaban muy lejos. Llegaron hasta su agujero en el acantilado. Allí era poco probable que fuesen descubiertos por nadie. Permanecieron inmóviles sin ni siquiera asomar la cabeza, eran momentos para sobrevivir y para no hacer estupideces.

El movimiento de mecido hizo que Tom abriera los ojos, recordaba nítidamente que ocurrió en la embarcación, había sido asaltada y él recibió un impacto brutal en la cabeza que lo dejó inconsciente. Le dolía mucho el lado izquierdo de la frente. Sentía ese lado frío y húmedo, posiblemente todavía estuviese sangrando. Estaba atado por las muñecas y los tobillos. Entre los brazos y las piernas pasaba un tronco grueso de bambú. Era transportado por dos porteadores de la misma forma que se transporta a una presa de caza. Echó la cabeza hacia atrás, intentando ver el rostro de su porteador y protestar para que le soltasen. Sólo alcanzó a ver una barriga y un ombligo pintados de blanco. Cuando intentó moverse agitándose, le volvieron a propinar otro golpe, en el mismo lado de la frente, retornando de nuevo al mundo de las sombras y la inconsciencia.

Tom volvió a abrir los ojos, no sabía cuanto tiempo había transcurrido. Los tambores sonaban muy fuerte, él sentía frío, permanecía tumbado, atado de pies y manos sobre una gran losa de piedra. Estaba desnudo y las ataduras eran extremadamente fuertes, sus manos y pies comenzaban a entumecerse como consecuencia de la falta de riego sanguíneo.

Su postura forzada, sólo le permitía un leve giro de la cabeza limitando en gran medida su campo de visión. Aún así, pudo apreciar a un grupo de salvajes nativos pintados con sus pinturas de guerra. Sólo con su apariencia causaban terror. Algunos de ellos estaban golpeando los tambores, otros danzaban dando pequeños saltitos pero sin moverse de su posición, todos cantaban rítmicamente, produciéndose un frenesí colectivo. Se encontraban dentro de una cueva, por lo que los sonidos retumbaban con más fuerza. En el techo las sombras producidas por las llamas danzaban uniéndose a la terrorífica función.

Entre los nativos resaltaba un personaje que se movía de un lado a otro de la estancia, soltando gritos y alaridos. Daba la impresión de estar inmerso en algún tipo de trance. Éste salvaje iba ataviado con una grotesca máscara de madera que reflejaba un gesto de maldad en sus facciones. En una mano llevaba un pequeño escudo ceremonial fabricado con una concha de tortuga, en la otra, un hacha rudimentaria realizada con un mango de caña de bambú y una hoja de obsidiana que producía destellos vidriosos al incidir la luz de las llamas sobre las muescas de sus caras.

Tom intentó primero hablar con ellos, en un instante pasó a los gritos. Le escuchaban perfectamente, por encima de aquel ruido atronador que producían los tambores y los cánticos. No obstante, le ignoraban. Ésta situación se prolongó durante un rato más. Al final, desistió en sus intentos por comunicarse con ellos.

Los tambores pararon de golpe. El individuo enmascarado depositó el escudo de tortuga al pie de la losa. Elevó el hacha de obsidiana por encima de su cabeza dispuesto a asestar un golpe mortal.

Tom no podía creer lo que estaba viendo sus ojos, iba a ser sacrificado en aquel lugar por unos salvajes a los que no había hecho nada. Era una situación absurda, esto no le podía estar pasando a él.

Comenzó a agitarse y a gritar enérgicamente intentando desanimar a su verdugo. Éste no atendía a sus gritos ni súplicas, tal vez, por que no le entendía o no quería entenderle. Sus gritos sólo sirvieron para prolongar un poco más aquel instante de tensión. El pánico y terror reflejado en el rostro de Tom sólo consiguieron encender más el sadismo del agresor y el éxtasis del momento.

El salvaje no dudó. Ejecutó el golpe con una precisión mortal rompiendo la caja torácica. Se escuchó el sonido sordo de las costillas y el esternón al fracturarse. El impacto abrió una brecha que dejaba a la vista los pulmones y el corazón de la víctima que todavía palpitaba. Tom perdió el conocimiento de inmediato, mejor así, no era necesario que se prolongara su sufrimiento.

El verdugo, con su mano libre, arrancó el corazón del cuerpo y alzando el brazo en un enérgico gesto, lo mostró al resto de individuos allí congregados a la vez que soltaba un sonoro alarido de triunfo y satisfacción. El cuerpo se convulsionó dos o tres veces para terminar inmóvil sobre el frío lecho de piedra.

El corazón, aún caliente, fue dejado en el escudo de tortuga del guerrero y depositado, a modo de ofrenda, a los pies de una figura de madera que representaba al dios de los zaplos. El salvaje restregó sus manos ensangrentadas por el rostro y pecho, en un acto de triunfalismo, comenzando a gritar y agitarse como un poseso aumentando la euforia colectiva.

A Okime y Saila, que estaban escondidos en el agujero, les llegaba el sonido de los alaridos salvajes y los cánticos como un clamor lejano transportado por el viento. Ambos se miraron a los ojos fijamente con cara de circunstancias, estaba todo dicho, el miedo desprendido por sus cuerpos casi era palpable, no era necesario hablar. Okime abrazó a Saila para infundirle ánimos, pero era un gesto inútil, cómo podía infundir valor a alguien si él mismo no lo poseía.

En la cueva, el ritual continuaba. El guerrero tomó la cabeza del sacrificado por los cabellos, la seccionó del cuerpo con tres certeros y enérgicos golpes de hacha. La cabeza fue entregada a un individuo viejo y desgarrado el cual, la empaló en una afilada estaca quedando la cabeza a la vista de todos, en un lugar privilegiado de la estancia, mostrándose triunfalmente. Era un espléndido trofeo para aquella sala. El gesto de la cara de Tom era grotesco, los ojos habían quedado abiertos, con expresión de sorpresa. La piel del rostro había tomado un color amarillo marmóreo que destacaba bajo la pobre luz de las llamas de las antorchas. Era una pieza única: su piel blanca, cabellos rubios y ojos azules. Sus dioses derrocharían bendiciones hacia ellos por el magnífico trofeo ofrendado.

Una vez rendido el debido culto a los dioses entregándoles las partes del enemigo que les correspondían, es decir, el corazón y la cabeza, el resto de la víctima no sería desaprovechada, al día siguiente habría un festín en el poblado. Sólo disponían de éste y otro cuerpo para compartir, posiblemente las mujeres y los niños, por esta vez, se quedarían sin poder degustar el delicioso manjar, tendrían que conformarse con comer carne de cerdo salvaje. Era una pena, no existían muchas oportunidades en la vida de poder comer carne tan exótica como la de un ejemplar blanco de cabellos dorados como los rayos del sol.

El grupo de salvajes abandonó la gran cueva en dirección al poblado. Llevaban consigo el preciado botín. Quedaba poco para que finalizara la noche y debían descansar. Mañana sería un largo día de celebración. ¡Habían derrotado con facilidad al monstruo y capturado a su extraño aliado!.

6. El guardián

Los momentos de tensión vividos en la noche anterior, hicieron que Okime y Saila cayeran en un profundo sueño. Cuando Okime despertó, no estaba Saila a su lado, posiblemente salió a hacer sus necesidades. Durante el día, sólo se aventuraban al exterior para este menester y nada más, no existía justificación para correr riesgos innecesarios.

Las provisiones se estaban acabando. Cuando ella volviera, tendría que salir a buscar los víveres que enterraron él y Mojeo en su primer viaje, en la playa al pie de la palmera inclinada. Sería un trayecto peligroso, el día estaba bien entrado y era posible que hubiese zaplos merodeado o cazando por la isla.

Lo que Okime desconocía, era que los zaplos estaban demasiado ocupados preparando la fiesta de ese día como para andar rondando por medio de la jungla, era un día festivo para sus enemigos.

A la vuelta de Saila al agujero, decidió ir a por los víveres. Sería mejor que ella se quedase allí, una persona sola se movería con mayor sigilo y rapidez.

Okime partió del acantilado en dirección a la playa. En el momento en que fue posible, abandonó el sendero. La playa estaba cercana y no había posibilidad de extraviarse. No era aconsejable continuar por la ruta del sendero porque quedaba demasiado expuesto a la vista, era más prudente cruzar por medio de la jungla. Durante el recorrido no hubo ninguna sorpresa, todo parecía desierto. Llegó hasta la palmera inclinada y desenterró los víveres. Faltaba todavía algunos días para el regreso de Mojeo con más provisiones, con las que llevaba ahora podrían aguantar hasta entonces sin problemas.

Tomó el camino de regreso con las mismas precauciones que en la ida. Todo estaba tranquilo. Si no conociese la isla, pensaría que estaba desierta. Ya quedaba menos tiempo para la vuelta al hogar y ver a Saila convertida en su esposa. Estos días habían transcurrido con tranquilidad y tomando las precauciones necesarias, podrían sobrevivir en su estancia en aquel lugar.

Se sorprendió sonriendo cuando imaginaba la cara de sorpresa que iba a poner Palato cuando regresaran de la isla sanos y salvos. Estaría considerado como un héroe y su leyenda se vería incrementada cuando explicara las cosas vividas durante su estancia allí, tal vez, exagerando un poco, como correspondía a la situación.

Sería magnífico relatar lo acontecido en la isla en las tertulias de la tarde en la tonga y por la noche al amparo de las llamas de los fuegos. Los niños temblarían cuando explicase los cánticos, alaridos y gritos que envolvían las noches en la isla de los zaplos. Las mujeres pondrían cara de susto y los hombres de asombro cuando explicara la existencia del monstruo que venía a dormir a la bahía. Un monstruo que nadie podía negar, ni achacarlo a su imaginación ya que, los propios guerreros, se cruzaron con él durante el transporte del camene.

Por cierto, hablando de ello, debía pasar por el escondite del camene y del trineo para asegurarse que todavía estaban allí y no habían sido descubiertos.

Animado por la ausencia de encuentros, decidió que ese podría ser un buen momento para hacerlo. Tomó rumbo hacia el escondrijo, continuó con sus precauciones, esto era algo que no debía olvidar en aquel lugar. Al principio le costó un poco localizar la ubicación. Las referencias que tomó no eran muy buenas y la jungla siempre parece igual, la mirases desde el ángulo en que la mirases.

Tras llegar al lugar en el cual él pensaba que estaban escondidos y al no encontrarlos, decidió hacer un rastreo sistemático de la zona. Para ello realizó una trayectoria de barrido en forma de espiral, aumentando paulatinamente el radio de giro tomando como referencia y centro de giro el punto de partida.

Le costó un rato pero, al fin, dio con ellos. No estaban en la ubicación originaria. Habían sido desplazados y maltratados, alguien los encontró y los destrozó. No podría volver al poblado con Saila dentro del camene intacto. Sus esperanzas se hacían añicos en un instante. Estaba rota una de las condiciones de la penitencia, ¿cómo podría explicar esto al Consejo?. Éstas no eran buenas noticias. A Saila se lo contaría más adelante, no existía la necesidad de anticipar los acontecimientos, con saberlo él, era bastante por el momento. No era necesario que ella se preocupase también.

Retornó cabizbajo, pensativo... ¿Cómo iba a resolver ese problema?. Absorto en sus pensamientos, no se percató que alguien le estaba vigilando. Su perseguidor, lo seguía oculto desde la espesura de la jungla. Se movía sigilosamente y con extrema agilidad, sin hacer ruido, como los felinos cuando acechan a una presa sin haber decidido en qué momento se abalanzará sobre su víctima.

De repente, Okime se vio sorprendido por la extraña presencia de un individuo que apareció de forma súbita detrás de una palmera. Permaneció quieto, inmóvil, sin saber como reaccionar. Observó a aquel individuo, existía algo raro en sus movimientos, giraba la cara y movía la cabeza con gestos bruscos, secos, como los de un pájaro cuando observa alguna cosa. Algo en su indumentaria denotaba que no era muy normal. A continuación aquel nativo empezó a hablar:

-¿Quién eres tú?. ¿Hombre o espíritu?. ¿Me entiendes?.

Mientras decía esto, se movía a saltitos de un lado a otro. De entrada no parecía agresivo, pero daba la impresión de no estar muy bien de la cabeza.

-Yo soy Okime. ¿Quién eres tú?.

-Yo soy el guardián de los espíritus. ¡Ji!.¡Ji!.¡Ji!. Ese es el título que me han concedido los zaplos.

-¿Qué es un guardián de espíritus?.

-Es un cuerpo puro sin alma propia, a través del cual, se expresan los espíritus de los antepasados. ¡Ji!. ¡Ji!. ¡Ji!. Ése soy yo, a veces hago lo que yo quiero y a veces, ¡Ji!. ¡Ji!. ¡Ji!, hago y digo lo que los espíritus quieren. Y tú... ¿Estás vivo o estás muerto?.

Cada vez que decía "¡Ji!.¡Ji!.¡Ji!.", se le salían los ojos de las órbitas, Okime estaba nervioso, no sabía como reaccionar, no cabía duda que aquel individuo estaba loco y por eso, los zaplos lo dejaban vivir. ¡Los espíritus habitaban en él!. ¿Qué debía hacer?.

-Yo no sé si estoy muerto o vivo –respondió Okime.

Dicho esto, en un movimiento rápido de brazo, el guardián le arañó el costado con una estaca fina y larga que portaba en la mano. El arañazo comenzó a sangrar, Okime en un acto reflejo se hecho para atrás y se puso en posición defensiva.

-¡Ay!

-Bueno... ¡Ji!. ¡Ji!. ¡Ji!. Una cosa es segura, no eres un espíritu -razonó el salvaje.

-¿Vas a matarme?.

-¿Por qué?. En el otro mundo tengo muchos amigos, prefiero tener uno en este. Las palabras del guardián eran poco convincentes. Era mejor no fiarse de alguien que afirma que obedece a lo que los espíritus le ordenan.

-Hace días, encontré unas cosas raras escondidas en la jungla –explicó el guardián. En un principio pensé que pertenecían a un espíritu. Decidí destruirlos para entrar en contacto con su dueño. De alguna manera, así fue. Te estaba esperando, pero qué decepción me has proporcionado cuando has aparecido tú. ¡No eres ningún espíritu ni ningún dios!. ¿Qué hago contigo?.

El semblante del guardián cambió totalmente, daba la impresión de ser una persona inteligente y reflexiva. Pero el hecho de fijar la mirada en un punto distante, hacer este tipo de reflexiones en voz alta, sin importarle que le escucharan, reflejaba indicios de locura.

-Quiero que me cuentes más cosas de í. Sigue caminando hacia la roca –ordenó el nativo.

El guardián hizo un gesto con la estaca puntiaguda indicando que iniciaran la marcha.

Okime decidió obedecer por el momento, necesitaba buscar la forma de librarse de aquel individuo. No conocía cuales eran las intenciones del guardián pero en cualquier caso no le beneficiarían. Por ahora, fingiría ser su amigo y después, improvisaría sobre el terreno. El salvaje le obligó a que fuera en cabeza.

Continuaron por el sendero en silencio. Cada vez que tenía oportunidad, se giraba para examinar el semblante del nativo y tratar de adivinar que era lo que rondaba por su diabólica mente.

El guardián lo condujo directamente hacia la gran cueva. Okime trató de disimular haciendo creer que era la primera vez que estaba allí. En esta ocasión, a diferencia de cuando él estuvo allí, había un par de antorchas encendidas. La visibilidad mejoraba notablemente aunque, esto no es lo que él hubiese deseado. La cueva en su conjunto presentaba una visión mucho más tétrica de la que él recordaba.

-¿Qué llevas ahí?.

-Algunas cosas mías.

-A mí los zaplos me proporcionan todo lo que necesito -explicó el guardián.

-¿A cambio de qué?. ¡Los zaplos no alimentan a nadie por nada!.

-Yo me ocupo de hablar con sus antepasados, velar por sus sueños y cuidar el altar de los dioses.

-¿Esta cueva es un templo?.

-Sí. Ven que te muestro sus moradores.

Okime estaba aterrorizado, sabía que dentro de la cueva estaba el altar de los sacrificios. El hecho que el salvaje le invitara a ver el interior de la cueva, le daba muy mal presagio. Sólo estaba consolado por el peso del machete en su mano.

Éste le suministraba el grado de confianza y seguridad que necesitaba en estos momentos, de no ser así, hacía rato que habría salido huyendo de allí.

Nada más comenzar el recorrido, se encontró con una cabeza blanca como la pulpa de un coco. Tenía los ojos abiertos y su pelo color amarillo, le daba un aspecto espeluznante.

No habían finalizado aquí sus sorpresas, un par de pasos mas adelante, encontró otra cabeza empalada. Era la cabeza de su buen amigo Mojeo. ¡Pobre hombre, ya no podrá contar que estuvo en la isla de los zaplos y sobrevivió!. Era la única persona que le demostró un apoyo incondicional en todo momento. ¡No merecía acabar así!.

El guardián observaba con detenimiento todas las reacciones de Okime. Vio que éste demostró sorpresa cuando se encontró con la cabeza blanca por lo que, seguramente, no tenía nada que ver con él. Sin embargo, el impacto emocional fue mucho mayor cuando halló la cabeza de nativo, seguro que era su compañero o amigo.

-¿Conoces alguno de ellos?.

-No, ¿quiénes eran?.

-Ellos ya no importan. ¿Qué haces tú en esta isla?. ¿Qué buscas aquí?.

-¿Y tú?. Todavía no me has dicho cómo llegaste aquí. ¡Tú no eres un zaplo!.

-No tengo que darte explicaciones, tú eres el forastero, tú eres el que te tienes que explicar. ¿Qué haces aquí?.

Okime decidió cambiar de táctica, el guardián mostró un cambio de humor repentino sin motivo aparente. Mejor era no contrariarlo, no era todavía el momento conveniente para el enfrentamiento.

-He venido para purificar mi alma.

-¿Y las cosas extrañas que estaban escondidas en la jungla?.

-Esa era la morada de mi alma.

-Entonces... ¿Ahora no tienes alma?.

-Sí tengo, vaga por la jungla sin lugar donde cobijarse hasta que nos fusionemos.

-¿Cómo se consigue eso? -preguntó el guardián intrigado.

-Para ello, yo tengo que morir.

-¡Ah!. Eso no te tiene que preocupar, yo puedo ayudarte.

-Bueno... Existe una forma de hacerlo. Para ello, tengo que ejecutar un ritual de purificación y luego volar. Entonces, durante el vuelo, mi alma se fusionará con mi cuerpo y podré morir en paz. Había pensado hacer esto en el acantilado. Tú me interrumpiste cuando me dirigía allí.

-Y en el caso que hagas eso... ¿Crees que vivirás o morirás?.

-Eso no lo sé todavía. Pero he de morir para alcanzar el paraíso -Okime dijo estas palabras para llamar la atención del guardián.

-Si no mueres, yo puedo ayudarte -un brillo especial apareció en los ojos del salvaje cuando hizo el ofrecimiento.

-¡Cuento con ello! -contestó Okime intentando confraternizar con su enemigo.

-¿Qué pasa si no recuperas tu alma?.

-Continuaré vagando eternamente sin descanso, tal y como lo he hecho en los últimos días en esta isla.

-¡No es tan malo!.

-No para el que tiene alma, el que está vacío no tiene nada, ni siquiera la posibilidad de entrar en el paraíso.

-No perdamos tiempo, vamos al acantilado. ¡Ya debes de estar impaciente por llegar al paraíso! -propuso el guardián.

Okime caminaba preocupado, no estaba seguro de haber hecho lo mejor. Sabía que si no abandonaba pronto la cueva acabaría como Mojeo y aquel raro ser blanco. Intentaría sorprender al nativo en el acantilado, era la única posibilidad que le quedaba. El guardián caminaba tras sus pasos con una sonrisa de satisfacción en su rostro. Iba a llegar esa tarde al poblado, en plena celebración, con un nuevo trofeo, una cabeza más.

El trayecto desde la cueva hasta el acantilado era corto. El camino se hacía cada vez más angosto. Llegaron hasta el acantilado, muy cerca del agujero que les servía de escondrijo. Saila estaba allí oculta. Okime dejó la carga en el suelo, abrió la bolsa y comenzó a hacer un poco de teatro, con gestos y palabras ininteligibles. Tiró algunos víveres y agua al vacío.

-¿Qué es lo que estás haciendo? -preguntó el guardián lleno de curiosidad.

-Estoy haciendo una ofrenda a los espíritus para que permitan a mi alma reunirse conmigo y no interfieran en la ceremonia.

-¿Cuándo te vas a volar?.

-Más tarde. Después de hacer la ofrenda, tengo que llamar a mi alma.

-¿Cómo la llamas?.

-Por su nombre. ¡Mi alma tiene nombre!.

El guardián escuchaba la explicación con asombro. Inesperadamente, Okime comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Saila!. ¡Saila!. ¡Ven a mí!. ¡Saila!. ¡Saila!.

Ella escuchó los gritos desde el agujero y salió corriendo velozmente a socorrerle. No sabía que podía estar ocurriendo pero seguro que era algo grave.

Saila apareció súbitamente, de golpe, al lado del guardián. Este sobresaltado dio un paso atrás. Antes que pudiese reaccionar, Okime le asestó un golpe de machete en el pecho que le hizo dar un traspié. Aún así, al salvaje le dio tiempo de agarrarse a unos matorrales. Colgaba del acantilado sustentado sólo por las ramas del matorral. En su cara se podía apreciar su desesperación. Todo transcurrió muy rápido, no tuvo tiempo de reaccionar. Mientras él luchaba por su vida, veía como Okime propinaba machetazos desesperados al matorral en un intento por precipitarlo al vacío. Todo este esfuerzo fue en vano, las fuerzas le abandonaron y sus manos se volvieron débiles, tan flojas que no pudieron soportar el peso de su cuerpo. El guardián se desplomó desde lo alto del acantilado. Aterrizó con toda la fuerza de la caída en unos salientes rocosos. El cuerpo quedó totalmente desarticulado. Los miembros quedaron en una posición imposible no dejando lugar a dudas, nadie podía sobrevivir a un impacto semejante.

Saila contempló la escena inmovilizada por la sorpresa. Ahora que todo terminó, fue hasta Okime y le dio un abrazo de sincera alegría. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

-¡Gracias a Dios que está bien!. Por un momento temí perderte.

-¡Ves como mis suplicas a Kuemetek comienzan a dar resultados!.

-¿Quién era ese?.

-Alguien que quería poner mi cabeza junto a la de Mojeo.

-¿Qué ha pasado con Mojeo?.

-¡Ufff!. ¡Eres un bocazas! -pensó Okime-. Lo siento, Mojeo ha sido capturado y su cabeza está empalada en la cueva exhibiéndose como un trofeo.

-¡Malditos salvajes!. ¿Qué vamos a hacer ahora?.

-Seguir adelante sin él. ¿Qué quieres que hagamos?.

-¿Te ha seguido alguien más?.

-No, creo que no. Vamos a escondernos antes que nos vea alguien. Esta noche daremos gracias a Kuemetek por seguir vivos.

Durante toda la tarde se escuchó el retumbar de los tambores de los zaplos en toda la isla. Okime y Saila permanecieron en su escondrijo con la firme convicción de no asomar la cabeza hasta no bien entrada la noche. ¡Por el día de hoy, ya tuvieron suficientes sustos!.

7. Los dioses

Tras un breve descanso, los tambores continuaron sonando hasta la media noche. Saila y Okime permanecieron en su agujero, sólo se atrevieron a salir cuando estos hacia un rato que dejaron de sonar. Después de un tiempo prudencial, subieron a la cima del peñasco para orar a Kuemetek.

A diferencia de otras ocasiones, Saila estaba convencida que aquello daba resultado y, aún cuando ella había dejado de creer en Dios por el maltrato que durante toda su vida le había otorgado, ahora estaba siendo el momento de retornar a la fe.

Rezaron el resto de la noche. El día no tardaría mucho en despertar. Era hora de volver al agujero.

Antes de tornar, Okime dedicó una mirada panorámica alrededor de la isla. Quedó helado por la sorpresa. Varios monstruos se hallaban en la bahía. Los cuales, con sus inquietos ojos de fuego examinaban al monstruo que permanecía dormido. Hasta ese momento, él siempre había pensado que sólo existía una de estas criaturas. Los demonios proliferaban por doquier en aquel lugar de maldad. ¡Ojalá no sufrieran más percances!. Con Mojeo, el guardián y la destrucción del camene ya había habido suficientes desgracias en este viaje. ¿Qué más les deparaba el destino?.

Llegaron a su agujero, comieron algo ligero, más bien escaso, era necesario racionar las provisiones, Mojeo no volvería con más víveres. Hasta que no olvidaran un poco el percance con el guardián, no tendrían ánimos para aventurarse en busca de alimentos en la isla.

Al poco de estar dormidos, un tremendo sonido los despertó. Parecían truenos, pero sin serlos, el sonido era mucho más brusco. El cielo estaba despejado. Una serie de pequeños estallidos siguieron al anterior. De nuevo más truenos.

-¡Algo está pasando!. Parece que los sonidos provienen del poblado.

-Tengo miedo –dijo Saila.

-No te preocupes, hagamos lo que hagamos Kuemetek está con nosotros.

-¿Adónde vas?.

-A averiguar lo que está pasando. Tengo que ver qué ocurre.

-Por favor, no me dejes sola.

-Entonces ... ¡Ven conmigo!.

Tomando todas las precauciones del mundo, se dirigieron a la cima del peñasco, la vista panorámica de la isla que se obtenía desde aquel punto era excelente.

Efectivamente, tal y como sospechaba Okime, los sonidos llegaban desde el poblado. Cada vez eran más espaciados. Desde el hueco de vegetación dónde esta ubicado el poblado, se elevaban varias columnas de humo negro. El poblado posiblemente estuviese incendiado.

En la bahía había tres monstruos grandes de color gris, como el cielo antes de comenzar a llover y, otro monstruo bastante menor de colores vivos: blanco, amarillo, negro. Por el tamaño, posiblemente éste último fue el que Okime se encontró en sus viajes a la isla.

Tal vez, aquellos monstruos estaban allí para cuidar a su cría, o los zaplos habían ofendido a los dioses. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

Desde la cima se oían los alaridos de la gente del poblado huyendo de algo. Se escucharon más detonaciones.

Okime decidió bajar al poblado y averiguar lo que allí estaba ocurriendo. En silencio, realizando un recorrido paralelo al camino pero sin introducirse en él, Okime y Saila llegaron hasta el poblado. Conforme se iban acercando, se apreciaba el miedo y el pánico en el aire. Casi se podía decir que se oían la angustia en el ambiente.

Grandes columnas de humo negro ensombrecían la luz del sol. Llegaron hasta la linde del poblado y, agazapados entre la vegetación, pudieron ver con expectación lo que estaba aconteciendo.

Los zaplos y sus esclavos, sin ningún tipo de distinción, estaban agrupados en medio, en la explanada, como un grupo de animales dentro de un cercado, sólo que aquí no existía ningún tipo de vallado. Estaban abrazados los unos a los otros, dándose mutuamente consuelo. Los hombres altivos y orgullosos, las mujeres y los niños llorando, los esclavos temerosos de perder la vida.

Los vigilaban un grupo de hombre o diablos, quién sabe. Estaban cubiertos por vestimentas por todo el cuerpo, sólo se les podía apreciar el rostro pintado con bandas de color negro y verde.

Entre ellos no hablaban, se gritaban en un idioma que Okime no llegaba a entender. Uno de estos seres entró en la casa ceremonial de los zaplos, al poco tiempo salió corriendo de allí, la tonga reventó en un fuerte estallido. Los restos quedaron incendiados, ya no quedaba duda, estos seres podían parecer hombres pero no lo eran. Sólo los dioses y los demonios podían subyugar de aquella forma a los zaplos.

Estos seres portaban diferentes tipos de armas en sus manos, a cual de ellas más destructiva. Una de ellas arrojaba un río de fuego que incendiaba todo aquello que tocaba, otras, las más numerosas, lanzaban truenos que destrozaban todas las cosas sin tocarlas. Era asombroso lo que aquellos seres podían hacer.

Los zaplos se apretujaban en un círculo pequeño en medio del poblado. Hacía rato que no se incorporaba nadie al círculo, sin embargo, las armas continuaban sonando dentro de las chozas del poblado.

Cuatro de aquellos seres trajeron a uno de los suyos malherido, verían corriendo y gritando. Sangraba mucho, había recibido un hachazo en una pierna. Mientras era atendido, llegó otro de ellos corriendo, éste parecía ser el jefe, al menos los demás le demostraban respeto. Soltó un alarido espantoso cuando vio al otro ser herido y sin mediar palabra, se giró hacia el grupo de prisioneros y comenzó a lanzar truenos hacia ellos. Estos caían desplomados al suelo. El resto de los seres lo imitaron. Aquello se convirtió en una matanza sangrienta.

Una vez fueron todos abatidos, algunos de estos seres, continuaron lanzando truenos sobre los cuerpos inertes, asegurándose que ninguno de ellos quedaba

vivo. Cuando terminaron, se dejaron de escuchar los gritos y los lamentos, tan sólo se oía el crujir de las chozas bajo el azote del fuego.

Poco a poco, aquellos seres se fueron agrupando en la playa. A una indicación del jefe, se dirigieron todos a sus canoas, que al igual que ellos, eran muy extrañas. Las canoas comenzaron rugir estrepitosamente y tomaron rumbo hacia los monstruos que estaban descansando a lo lejos en la bahía.

Dejaban tras de sí una imagen de muerte, destrucción y desolación. Los zaplos quedaron exterminados junto con sus esclavos, no hubo clemencia ni perdón para nadie.

Okime estuvo recapacitando sobre lo acontecido y cómo estos hechos iban a afectar a su estancia allí.

Las reglas del juego habían sido cambiadas. La intervención de los dioses o demonios, en el fondo no importa quién de ellos fueran, destrozó el poblado y aniquiló a sus moradores. Esto daba un giro inesperado a la situación, debía de jugar a favor suyo. Kuemetek lo había puesto a su alcance para que sacara provecho de ello, pero...¿Cómo?.

Tras meditar sobre todo esto, decidió montar su propia versión de lo acontecido en beneficio propio.

-Saila sígueme necesito que me ayudes.

-¡Estás loco y si te ven!.

-Ya se marchan, no se preocuparan de nosotros.

-Busca una red de pescar y tráela aquí.

Okime buscó un tronco de madera y lo arrastró hasta el montón de cuerpos sin vida. Saila traía la red pero se acercaba muy recelosa hacia los cadáveres.

-Extiende la red en el suelo.

-¿Qué piensas hacer?.

-Tomar unos trofeos para que podamos volver victoriosos.

-¿Qué trofeos quieres tomar?.

-Las cabezas de los zaplos, una por cada animal que ofrecí en tu dote. Con esto quedará demostrado mi valor.

-¿Qué vamos a hacer con el camene?. ¡Tengo que encerrarme de nuevo!.

-Perdona por no habértelo dicho antes, no quería preocuparte pero el loco de ayer, el guardián, destrozó el trineo y el camene. Podremos decir al Consejo que fuimos atacados, que guerreros zaplos destrozaron el camene y que yo me vi obligado a darles muerte para salvar nuestras vidas.

-¿Crees que eso servirá?.

-Tiene que servir, el objetivo era demostrar mi valor. Nadie se atreverá a dudar de él y menos cuando arroje las cabezas a los pies de Palato.

-¿Crees que el Consejo admitirá esta prueba?.

-No puede negar la evidencia.

Mientras mantenían esta conversación, Okime arrastró un cadáver hasta el tronco, situó el cuerpo de forma que el cuello quedara apoyado y con unos certeros machetazos seccionó la cabeza.

-Okime, yo no puedo presenciar esto.

-Bueno ya lo hago yo sólo. Busca un tronco grueso de bambú para usarlo de bastidor en el transporte.

Las cabezas seccionadas fueron depositadas en medio de la red. Cuando tuvo todas las que necesitaba, en total eran diez, una cabeza por cada animal que ofreció en la dote, cerró la red a modo de bolsa anudándola por la parte superior. Atravesó la red con el bambú y, sujetando cada uno por un extremo, se encaminaron a la playa para tomar una canoa. Saila evitaba en lo posible contemplar el macabro contenido que transportaba.

Montaron en una canoa y comenzaron a remar rítmicamente. Los monstruos se retiraban de la bahía a mayor velocidad de la que ellos eran capaces de remar. Por otro lado, ellos no eran importantes para aquellos monstruos. Okime tenía pensado bordear la isla hasta llegar al otro lado para tomar rumbo a su poblado así que no pensaba salir a mar abierto en dirección al fin del mundo. Con ello, estaba casi seguro que no sería atacado por los monstruos. Además, él no había ofendido a Kuemetek.

Saila y Okime remaban felices y convencidos del éxito de su vuelta. En el veredicto del Consejo, en ningún momento se habló que este final no pudiera ser posible. Según la versión que tenían planeado contar, Okime dio muerte a los zaplos, defendiéndole a ella y tratando de evitar que destrozaran el camene y el trineo. Era evidente que esto último no lo había conseguido pero los zaplos lo habían pagado caro.

Con el camene destrozado y el valor demostrado, no tenía sentido que permanecieran más tiempo en la isla. Si alguien no creía su versión, siempre podría venir a la isla de los zaplos y preguntar si era así como había acontecido. ¡Nadie estaba tan loco como para hacerlo!

Okime remaba lleno de euforia, sus sueños se verían cumplidos, se casaría con su amada, sería un hombre respetado y había ganado la gracia de su dios. A partir de ese día y por el resto de su vida, daría las gracias por todo lo sucedido al dios de los tacana-noé, Kuemetek.

Saila lo contemplaba llena de admiración, era bueno, valiente e inteligente. Durante su estancia en la isla, hablaron de muchos temas, tuvieron la oportunidad de conocerse mucho mejor y, ahora lo miraba con muy buenos ojos, se sentía orgullosa porque aquel noble muchacho se había fijado en ella.

Por fin estaban llegando al poblado, cansados y exhaustos por el esfuerzo. El día anterior fue excitante, la noche ruidosa e inquieta, la mañana sangrienta y peligrosa, el día largo y caluroso, qué más podían pedir para completar la jornada. Llegaron al poblado luciendo un aspecto espeluznante. Okime no había caído en la cuenta de asearse un poco tras haber cortado las cabezas. Todo su cuerpo estaba manchado por la sangre que salpicó durante la carnicería. Ésta mezclada con el sudor producido durante el largo trayecto a remo y lo desaliñado de su aspecto, le proporcionaba una imagen más propia de un demente que de un guerrero.

Tomaron la macabra carga y se dirigieron al centro del poblado. La gente al verlos se hacían a un lado, por qué volvieron tan pronto, se atrevían a desafiar al Consejo, la única respuesta verosímil era que, debían haber enloquecido en la isla de los zaplos.

Okime cavó con su machete un pequeño agujero en el suelo y clavó de pie el bambú que utilizó como bastidor de transporte. En la punta dejó enganchada la red. Todo esto servía únicamente como reclamo. Alrededor del bambú puso las diez cabezas de los zaplos formando un círculo cerrado mirando hacia fuera.

La gente se arremolinaba alrededor de aquel monumento fúnebre. Okime, con el machete en mano, andando describiendo círculos, los miraba desafiante. Saila permanecía quieta pero firme a su lado.

-Aquí me tenéis, ya he vuelto con la prueba de mi valor. Que venga Palato a tomar su tributo. ¿Quién pone en duda mi valor?. ¿Quién tiene algo que decir?.

De entre el gentío congregado, apareció la figura del Respetable Taitú, que con la tranquilidad que le caracterizaba, se dirigió a Okime:

-No, ésta no es la forma de hacer las cosas. No seas impetuoso, no lo eches a perder de nuevo por ser impaciente. Deja que los acontecimientos sigan su curso. Lo que tenías que demostrar, ya lo has hecho. Nadie pondrá en duda tu valor. Permite que sea el Consejo el que tome las decisiones. Vete tranquilo a descansar. Lo has hecho muy bien. Todo saldrá bien.

El muchacho se relajó después de escuchar las palabras del Respetable. Él también deseaba que todo terminara. Se sentía agotado, demasiadas emociones en los últimos días, demasiadas emociones.

-Mandaré preparar una choza para cada uno de vosotros. Daré las órdenes pertinentes para que os podáis alimentar, asear y descansar. Convocaré al Consejo para mañana y así habrá oportunidad de explicar este extraño suceso. Os pondré una escolta, nadie os molestará en vuestro descanso.

Al día siguiente por la mañana

El Consejo había sido convocado. La expectación era enorme. Todos los hombres estaban reunidos alrededor de la tonga. Tras informar el Respetable Taitú de la vuelta de Okime al poblado, con su macabro presente, el Consejo, en un acto sin precedentes, solicitó a Okime que relatara lo acontecido en la isla de los zaplos.

Evidentemente él dio una versión de lo ocurrido muy particular, en ella relató que fueron descubiertos por un grupo de zaplos que destrozaron el camene y para salvar sus vidas, tuvieron que internarse en la jungla. En ella, poco a poco, fue cazando uno a uno a sus perseguidores. Prueba de ello, era las cabezas que trajo como testimonio de lo relatado y como tributo para Palato.

Los allí presentes escuchaban el relato embobados como los niños cuando se les cuenta las historias de terror. Okime puso unas gotas de énfasis resaltando el riesgo y la gravedad de cada una de las situaciones. La historia era poco creíble, pero allí fuera estaba la prueba y era bien real.

Si Saila hubiese estado presente, no hubiera podido reprimir una sonrisa cada vez que escuchara las múltiples exageraciones que Okime contó. Todo era una gran mentira, pero la ventaja de la que disponían era definitiva, nadie más estuvo allí para contradecirlos, nadie iría a la isla de los zaplos para comprobarlo.

El Consejo, ante tan increíble historia y las cabezas de sus enemigos respaldándola, dictaminó a favor de Okime, aunque sospechaban que no todo era verídico en aquel relato, pero no serían ellos quienes lo pusieran en duda. El hecho que hubiese vuelto en estas circunstancias les facilitaba la decisión. En ningún momento estuvo en el ánimo del Consejo el propiciar la muerte de Saila y Okime, pero las tradiciones a veces, exigen tomar unas decisiones que no siempre están de acorde con lo que ellos opinan.

Después de darse a conocer el veredicto y habiéndose clausurado el Consejo, la gente se arremolinaban alrededor de Okime para felicitarlo y preguntarle por más detalles acerca de su aventura.

Lo que jamás explicará Okime, será la providencial intervención de los guerreros con sus armas de trueno y fuego que exterminaron a los zaplos. Demonios o dioses, no era relevante, lo verdaderamente importante era que a ellos los protegió de la desgracia y la destrucción el más grande entre los grandes, Kuemetek.

Epílogo

En un lugar lejano

En una habitación del hotel Leafar en la ciudad de Sadeg capital de las Dótupe, se reunía un grupo de importantes y elegantes hombres de negocio.

-Buenas tardes caballeros, siento el retraso -se excusó el jefe de los congregados más por educación que porque le importase haber llegado tarde.

-No se preocupe Sr. Cesar, el general nos ha entretenido contándonos batallitas de sus tiempos como guerrillero reivindicador de las libertades.

-De eso hace muchos años señores y el mundo cambia -comentó el general llevándose un vaso de brandy a los labios.

-Hablando de batallitas... ¿Cómo está la nuestra?.

-Siento la pérdida de su hombre, fue capturado por los salvajes de la isla. No obstante, recuperamos sus papeles y la embarcación.

-Gracias, estoy al corriente de ello. Pero no era eso lo que yo quería saber, me refería a la situación con los nativos.

-Bueno... Eso está como acordamos, totalmente limpio, no queda ni un solo caníbal en la isla. Lo destrozamos todo y si quedó alguno, habrá muerto de empacho porque nos cargamos a todo lo que se movía allí -explicó con satisfacción el general.

-Entonces..., la isla es mía y usted me garantiza personalmente que el Gobierno no va a interferir en mis negocios.

-Así es Sr. Cesar, tiene usted mi palabra.

-¿Sabe que es lo que le ocurrirá si no es capaz de cumplirla?.

-No se preocupe, la cumpliré.

-Eso espero general. Aquí tiene el número de la cuenta en las Caiman con un millón de dólares, tal y como acordamos.

-¡Esto empieza a oler a felicidad! -exclamó el general lleno de entusiasmo.

-¡Señores!. El general ya se marcha -insinuó el jefe.

-Encantado de hacer negocio con ustedes. ¡Hasta la vista! -se despidió el general.

-Sería conveniente que liquidemos a alguien cercano al general, un cuñado, un primo, alguien que no sea muy directo. Hay que hacerle saber que hemos sido nosotros, será un buen estímulo para que no se vuelva ambicioso en el futuro. El general es un buen aliado pero es bueno dejarle claro quién manda en esta Organización. Vayamos a las cosas importantes...¿Cómo tenemos la factoría? -preguntó el jefe.

-Están en camino los constructores. Mañana darán comienzo las obras. Todo el laboratorio está realizado con módulos prefabricados así pues, en menos de una semana podremos comenzar a producir y distribuir la sustancia.

-¡Estupendo!. ¿Qué hay acerca de nuestras redes de distribución?. ¿Está todo preparado?.

-Listo y ansiosos por recibir el nuevo producto. Felices porque la primera dosis de prueba es gratis. Nadie rechaza un *colocón* gratis.

-¿Se han confirmado los análisis toxicólogos?.

-Sí, los resultados no podían ser mejores. La sustancia producida por esos bichos tiene un grado de dependencia máximo. Desde la primera dosis provoca adicción física. El riesgo de sobredosis en el ser humano es mínimo, a mayor dosis, más prolongado el efecto, el organismo asimila la cantidad ingerida y la dosifica evitando la sobreingestión. Su administración por vía oral es efectiva y no se ve afectada por otras sustancias. Una sola gota es suficiente para un centenar de dosis. Cada ejemplar es capaz de producir veinte gotas al cabo de un día. El síndrome de abstinencia es muy fuerte y una vez probada, nunca se supera la adicción a la sustancia.

-Y todo eso... ¿Lo habéis averiguado en un par de días?.

-No Sr. Cesar, las pruebas sobre la sustancia hace una semana que comenzaron y ya disponemos de un grupo de treinta *cobayas* humanas dependientes de esta sustancia. ¡Engancha con sólo olerla!.

-No quiero que nadie de nuestra organización se *enganche* a esta sustancia. Si alguien lo hace lo elimináis.

-Tomaremos las medidas oportunas para que esto no ocurra. Todo va a ir sobre ruedas –contestó uno de los presentes.

-Así me gusta, que se muestren ustedes eufóricos. ¿Saben qué es lo mejor de todo esto?.

Los presentes se miraron las caras sin atreverse nadie a dar una respuesta poco acertada.

-Lo mejor de todo –continuó hablando el jefe- es que esta nueva droga es mía y sólo mía. La isla es mía y nadie va a meter las narices allí. Esta sustancia es tan novedosa y potente que, cuando quieran detectarla las Autoridades, media humanidad estará *colgada* a ella. ¡Es el tabaco del futuro!. ¡Una forjadora de esclavos!. ¡La forjadora de nuestra fortuna!. ¡Señores!. ¡Brindemos por nuestro futuro! ...

FIN

Índice

1. El Consejo	5
2. La isla	12
3. Los preparativos	19
4. El viaje	24
5. El científico	30
6. El guardián.....	36
7. Los dioses.....	42
Epílogo	48
